

BOLETÍN INFORMATIVO

PROVINCIA DE CRISTO REY



Número 56

Septiembre - Octubre 2025

ÍNDICE DE CONTENIDO

- 1 Inicio del Noviciado
- 1 Profesiones temporales de los novicios
- 4 Preseminario
- 8 Conociendo a los Postulantes
- 9 Hacia la Gloria del cielo
- 12 La Memoria Passionis. Transformadora del hombre y del mundo según San Pablo de la Cruz
- 15 Actualidad del carisma Pasionista
- 19 San Pablo de la Cruz peregrino de esperanza
Reflexión en torno a la participación de nuestro fundador en los años jubilares
- 23 Magisterio y testimonio de Francisco y lo que sabemos de León XIV:
continuidad, matices y retos pendientes

BOLETÍN INFORMATIVO DE LA PROVINCIA DE CRISTO REY. Número 56: (09/10.2025)
EDICIÓN: Secretaría Provincial a cargo del P. Eloy Medina Torres. COLABORADORES EN
ESTA EDICIÓN: María Luisa Aspe, Daniel Ávila, Emiliano Beltrán, Eloy Medina, Miguel Ángel
Villanueva, Rafael Vivanco. DIRECCIÓN: Curia de la Provincia de Cristo Rey. Avenida José
Martí 233, Escandón, 11800, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, Tel. 55 5271 9863. Sitio
web: www.pasionistasreg.com

INICIO DEL NOVICIADO



Por la tarde del 11 de julio, en el Retiro del Beato Domingo Barberi, en El Pueblito, Querétaro, se celebró el rito de Inicio del año canónico del Noviciado de nuestros hermanos: Abel Jiménez Rodríguez, Francisco Jesús Padrón Hernández y Emiliano Beltrán Mendoza. La celebración se llevó a cabo en presencia del P. Ángel Antonio Pérez Rosa, Superior Provincial, y de los hermanos de la comunidad local.

Después de la petición de los postulantes, el hermano Provincial, los exhortó a perseverar con humildad y sencillez en la llamada de Dios en el carisma Pasionista. Les recordó que la vocación recibida es un don de Dios, y que Él es quien da la fuerza para seguir, quien espera a los

que están cansados y agobiados: «Cada vez que tengan ese sentimiento, recuerden que Él es nuestro consuelo y nuestra fuerza; Él camina con nosotros. Es en la Pasión de Cristo donde está nuestro descanso».

Así mismo, los animó a vivir siempre como imitadores del Crucificado, como hijos amados del Dios de todo consuelo, y a no entristecer al Espíritu Santo, sino a abandonar el modo anterior de vivir y abrazar con gozo el fruto siempre nuevo de la Cruz: la redención. Este compromiso se manifestó simbólicamente en el saludo de la paz, con el abrazo fraterno de parte de la comunidad presente a los nuevos novicios.

Con este rito, la Congregación de la Pasión de Jesucristo renueva su esperanza al ver en estos jóvenes la respuesta generosa al llamado de Cristo Crucificado, y encomienda su camino de formación al Espíritu Santo, al novicio y a la comunidad formativa, para que configurados con el amor de Jesús, sean testigos de la Pasión en el mundo de hoy.

Emiliano Beltrán Mendoza



PROFESIONES TEMPORALES



El sábado 12 de julio, los hermanos Jesús del Señor de la humildad (Robles Sánchez) y José de la Madre del Amor Crucificado (Nieves Luna), emitieron la profesión religiosa, al término del año de Noviciado. La celebración se llevó a cabo en la Comunidad del Beato Domingo Barberi, en El Pueblito, Querétaro. Fue presidida por el P. Ángel Antonio

Pérez Rosa, en presencia de la comunidad provincial y un considerable número de fieles. Presentamos a continuación la homilía pronunciada por el Superior Provincial en esta importante celebración.

HOMILÍA

Nos reunimos con alegría celebrando el amor de Dios, en este Año Santo, el Año de la Redención, celebrando veinticinco años más del amor de Dios que nos ha redimido en Cristo crucificado.

El Evangelio que hemos escuchado nos presenta el texto de las Bienaventuranzas. Jesús sube al monte, se sienta como un Maestro y nos enseña a todos. Este texto evoca a Moisés subiendo a la montaña del Sinaí para recibir los diez mandamientos. Así como Moisés dio al pueblo los mandamientos, ahora Jesús, también en el monte, nos da a conocer lo que Dios quiere. Por lo tanto, este texto de las Bienaventuranzas se nos presenta como el proyecto al que

Jesús invita a sus discípulos. Ellas inician el sermón de la montaña que nos presenta el Evangelio de Mateo. Más que un simple sermón, estos capítulos son una invitación a todos para ser discípulos de Jesús y construir el Reino; es un proyecto que se presenta para todos los bautizados que queremos construir el Reino como discípulos de Jesús. Las Bienaventuranzas son una invitación para cada uno de nosotros; no son una deferencia a la vida religiosa; sería un peligro pensar que sólo son para los religiosos; son un proyecto para todos los cristianos: para todos los discípulos de Jesús, para todos los religiosos, para todos los bautizados. Todos, todos somos llamados a las bienaventuranzas.

Nosotros, los religiosos, aquellos que hemos sentido una llamada peculiar a la vida consagrada, en palabras del profeta Isaías que escuchamos en la primera lectura, somos invitados a la gracia y al amor de Dios. «No temas, que te he redimido» (Is 43,1). Miren, qué bonito dice el profeta: «Te he llamado por tu nombre y eres mío» (Is 43,1). Esas son palabras del Señor para cada uno de nosotros y en especial, para Jesús y José.

Nos comprometemos a asumir con radicalidad la vivencia de las Bienaventuranzas. Eso es lo que expresamos en esta celebración acompañando a los hermanos Jesús y José, en lo que llamamos la profesión religiosa. Dios Padre amoroso nos llama a todos a vivir el proyecto de vida de Jesús contenido en las Bienaventuranzas. Él es el primer bienaventurado. Cada una de las bienaventuranzas tiene su plena realización en la persona de Jesús; podríamos decir que Jesús es el bienaventurado por excelencia. Entonces Jesús es el proyecto de Dios que se nos invita a contemplar continuamente.

En la segunda lectura, de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios, es bonito destacar la insistencia de san Pablo en este himno que llamamos cristológico, centrado en la persona de Jesús. Dice el himno: «Él nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo para que fuésemos santos» (Ef 1,4). Y después vuelve san Pablo: «Él nos eligió en la persona de Cristo, por iniciativa suya, a ser sus hijos» (Ef 1,5); nos eligió a todos, a todos, a todos, a todos nosotros. Este es el plan amoroso de Dios en la persona de Jesús. Cristo es la centralidad de la vida del cristiano, del bautizado. Toda nuestra vida como cristianos, bautizados, discípulos, debe estar centrada en la vida de Jesús.

Las Bienaventuranzas nos hablan del mismo Jesús. ¿Quién es ese bienaventurado al que se llama dichoso? Es Jesús. «Dichosos los pobres» (Mt 5,3); Jesús es el pobre y nos invita a vivir como él. «Dichosos los que lloran» (Mt 5,4); Jesús es el que asume nuestro dolor, en la cruz lo vemos y

nos invita también a llorar, a asumir el dolor en la lucha de cada día. «Dichosos los sufridos»; Jesús es el que nos enseña que el sufrimiento no nos destruye sino que se puede convertir en camino de salvación. Jesús es el dichoso que tiene hambre y sed. Jesús nos invita a ser misericordiosos porque Él nos revela la misericordia del Padre. Jesús es el justo, aquel de limpio corazón, el que trabaja por la paz y nos invita a ser instrumentos de paz. Jesús es el perseguido por causa de la justicia y es el que nos invita a asumir su causa y a sentirnos identificados con él.

En nuestra celebración, acompañamos a estos hermanos, Jesús y José, que sintiendo la llamada de Dios Padre amoroso y después de vivir la experiencia del año de Noviciado, optan por vivir su bautismo de una forma más plena en el seguimiento de Cristo. En las Constituciones Pasionistas, que son el proyecto de vida que nosotros queremos llevar adelante, leemos que «el Bautismo nos sumerge en la dinámica pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo, y nos consagra como miembros del Pueblo de Dios» (Const 7). Entonces hoy celebramos el bautismo, de todos nosotros, y acompañando a Jesús y a José, somos invitados a celebrar nuestro bautismo. Pero de una manera especial, nosotros los religiosos confirmamos esta consagración por medio de la profesión religiosa, y la vivimos más plenamente con estas Constituciones. Cada uno de los religiosos que acompañamos a estos hermanos, respondemos a esta llamada de Dios para ser signo y evocación constante de los valores del Reino.



Esta llamada tiene su inicio en Dios. Todos podemos evocar esa llamada amorosa del Señor con las palabras del profeta Isaías: «Tú eres precioso a mis ojos, eres estimado, yo te he amado» (Is 43,1). Que resuenen para Jesús y José, para cada uno de los religiosos, para cada una de las religiosas que nos acompañan y para cada uno de ustedes, laicos, estas palabras tan preciosas que nos dice el Señor: «Tú eres precioso a mis ojos, eres estimado y

yo te amo» (Is 43,1). Es la iniciativa divina; toda llamada es una mirada amorosa de Dios Padre que nos invita a realizar el proyecto de vida que son las Bienaventuranzas. Y en este caso, Jesús y José, de una manera radical y apasionada, con entusiasmo, siguiendo a Cristo.

El estilo de nosotros, los religiosos, y en lo que manifestarán Jesús y José con su profesión, está centrado en Cristo. Queremos asumir lo que nos dice la segunda lectura de la carta a los Efesios: «Este es plan que Dios Padre había proyectado realizar por Cristo». Al fin y al cabo, en el proyecto de Dios, el Hijo es Cristo y nosotros estamos llamados a ser cristos; a transfigurarnos en Cristo, a cristificarnos. Queremos asumir el plan de Dios identificándonos en la persona de Cristo. «Este es el plan que había proyectado realizar por Cristo» (Ef 1,9). Nuestra mirada debe estar siempre centrada en Cristo; en su vida y su persona para hacer realidad las bienaventuranzas; es lo que nos dicen las Constituciones: «Llamados a tomar parte en la vida y misión de Aquel "que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de esclavo", en asidua oración contemplamos a Cristo que, al entregar su vida por nosotros, revela el amor de Dios a los hombres y el camino que también estos deben seguir para llegar al Padre» (Const 5). Nunca quitemos la mirada de Jesús; no miremos a otro lado, a fulano o a fulana; no hemos sido llamados a mirar esto o aquello, hemos sido llamados a mirar a Cristo que, con su vida y su entrega, nos revela el amor de Dios. Esta contemplación nos hace cada vez más capaces para manifestar su amor y ayudar a los demás. Es la contemplación que nos hace misioneros, en la dinámica de los discípulos misioneros. Nosotros, los Pasionistas, nos centramos en la Pasión de Cristo. Inspirados por san Pablo de la Cruz, nuestro fundador, proclamamos que la Pasión de Jesucristo es la obra más admirable del Divino Amor y el remedio que anunciamos para enfrentar los males de nuestro mundo.

En este año del Jubileo, celebrando otros veinticinco de la Redención, del amor de Dios que nunca nos abandona y que es el fundamento de nuestra esperanza, acompañamos a los hermanos Jesús y José que hacen públicamente su profesión religiosa. De esa manera nos presentan su compromiso para asumir el proyecto de Jesús en el carisma de la Familia Pasionista, en el seguimiento de Cristo crucificado. Juntos, nosotros los religiosos, renovamos nuestro compromiso; pero también juntos, cada uno de ustedes, los laicos, renuevan su compromiso bautismal para que todos en la Iglesia, caminando en sinodalidad, buscando a Cristo, que es el centro, podamos llegar a ser Peregrinos de esperanza.

Quiero terminar leyendo las Constitucones, como una exhortación. Los religiosos «juntos avanzamos en una

misma esperanza y caminamos hacia el encuentro con Dios por el cual somos atraídos» (Const 8). El fundamento de la esperanza es el amor de Dios que nos atrae. Queremos que en nuestro caminar, los laicos desde su bautismo, los religiosos desde el bautismo y la radicalidad del seguimiento de Cristo, y nosotros los sacerdotes, en este ministerio que hemos recibido, queremos que nuestro caminar a lo largo de la vida sea un signo de esperanza para todos los hombres.

Damos gracias a Dios por la llamada amorosa que ha hecho a Jesús y José. Damos gracias a Dios porque nos bendice con su vida. Y pedimos para que ellos sean fieles dentro de su consagración que hoy manifiestan públicamente. Que así sea.

Homilía:
P. Ángel Antonio Pérez Rosa
Superior Provincial



PRESEMINARIO



Del 18 al 26 de julio, llevamos a cabo la experiencia vocacional, llamada «Preseminario», para presentar a los jóvenes nuestra forma de vida y acompañarles en el discernimiento de su vocación. El encuentro se llevó a cabo en la Comunidad del Beato Domingo Barberi, en El Pueblito, Querétaro, y contó con la participación de siete jóvenes, procedentes de Guanajuato, Querétaro y Tlaxcala. Presentamos la crónica escrita por los mismos aspirantes.

VIERNES 18 DE JULIO

Siete jóvenes procedentes de Guanajuato, Querétaro y Tlaxcala iniciamos la experiencia de discernimiento vocacional acompañados por los Misioneros Pasionistas.

Cada uno de nosotros, con muchas ilusiones, esperanzas y también cuestionamientos, fuimos llegando a la casa religiosa, con el deseo de discernir y responder al llamado que Dios nos ha hecho. Aunque no sabemos lo que se nos presentará en el futuro, estamos seguros de que Dios estará caminando con nosotros, llevándonos de su mano para construir el Reino en la historia.

Durante la cena, después de que un hermano nos ofreció unas ricas empanadas elaboradas con su receta familiar, comentamos las habilidades culinarias de los presentes, constatando que podríamos hacer un buen trabajo en la cocina de la comunidad: mientras unos cocinan, otros iríamos por los mandados y otros seríamos buenos catadores. Terminado este momento, pasamos a la biblioteca para tener una dinámica de presentación coordinada por el Hno. Daniel Ávila quien nos ayudó a compartir con los hermanos nuestras inquietudes y expectativas ante esta experiencia.

Después de este momento y antes de retirarnos a descansar, cada uno aprovechó para estar unos minutos en la capilla para pedir a Dios que nos acompañe e ilumine en esta experiencia.

SÁBADO 19 DE JULIO

Iniciamos el día con la celebración eucarística y el rezo de laudes. Posteriormente, nos reunimos en el comedor para el desayuno, contando con la presencia de los sacerdotes y novicios. Después hicimos el aseo de la casa.

Ya reunidos en la biblioteca, leímos la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, según san Lucas, para adentrarnos en este misterio. Después de recibir las primeras orientaciones para esta experiencia, el P. Eloy Medina dirigió el primer tema de la mañana, titulado: «Comencemos nuestro camino», invitándonos a hacer simbólicamente nuestra maleta con lo más indispensable: recuerdos, personas, valores. Después de esta dinámica, el Coh. Daniel Ávila nos ayudó a contemplar nuestra realidad personal.

Más tarde, nos reunimos en el comedor para compartir los alimentos; después nos fuimos a la cancha de la casa para tener un partido de basquet bol.

Después de habernos aseado, nos reunimos para ensayar los cantos que estaremos entonando durante los próximos días. Posteriormente, nos encontramos en la capilla para el rezo del santo rosario y las vísperas.

Terminado este momento, tuvimos la cena y vimos una película: "El Padrecito", de Mario Moreno "Cantinflas", la cual, aunque no estaba planeada, nos permitió tener un momento de sana recreación. Después de la película, nos fuimos a descansar.

DOMINGO 20 DE JULIO

Iniciamos el día uniéndonos a la Iglesia universal con el rezo de laudes. Terminando fuimos al comedor, en donde nos esperaba un delicioso guiso de calabazas, acompañado por té y café. Posteriormente, nos reunimos en la biblioteca, donde el P. Eloy Medina nos ayudó a contemplar la historia de nuestra vida y el futuro que deseamos construir.

Hacia el medio día, salimos a una comunidad para celebrar la Eucaristía. En la homilía, basándose en el

relato donde Jesús fue a visitar a Marta y María, el P. Eloy Medina nos recordó la importancia de tratar bien a nuestros amigos. Terminada la celebración, invitados por una familia, nos quedamos a comer pasando un momento de buena convivencia. Y antes de volver a la casa, fuimos a caminar por el centro de El Pueblito, para tomar un helado y visitar la Basílica de Santísima Virgen.

Ya en casa, nos reunimos con el Hno. Daniel Ávila para conversar sobre varios temas que afectan a nuestra sociedad; fue una buena oportunidad para compartir nuestras opiniones y aumentar nuestro conocimiento sobre dichos temas. Al terminar este momento, fuimos a la capilla para rezar el santo rosario y las vísperas, y así cultivar nuestra vida de oración. Posteriormente, pasamos al comedor y con los novicios preparamos la cena.

Antes de ir a descansar, nos reunimos con el P. Eloy Medina para hablar sobre la vivencia de estos días.



LUNES 21 DE JULIO

Iniciamos el día en comunión con los hermanos novicios, alabando a Dios por medio de las laudes y teniendo media hora de meditación en silencio. Posteriormente, nos reunimos en el comedor para el desayuno, contando con la presencia de los sacerdotes y novicios, lo que nos permitió tener una charla amena y un momento de convivencia.

Terminado el desayuno, pasamos al salón. Ayudados por unos especialistas en psicología tuvimos varias actividades que nos permitieron descubrir aspectos de nuestra realidad personal. Este trabajo se extendió hasta la tarde, suspendiendo únicamente para ir a comer.

Terminadas las actividades y después de un momento de descanso, celebramos la Eucaristía, en la que el P. Eloy Medina, comentando la Palabra de Dios, nos invitó a descubrir su presencia en nuestra historia, la cual, nos interpela a dar una respuesta. Concluida la celebración,

fuimos a la cocina para preparar y disponer lo necesario para la cena.

Y para cerrar las actividades del día, tuvimos un momento de adoración al Santísimo Sacramento: una oportunidad para conversar con el Señor y presentarle lo que hemos vivido hasta este momento.

MARTES 22 DE JULIO

Iniciamos nuestra jornada en el nombre del Señor, meditando el Evangelio del día y alabando a Dios con las laudes. Al terminar, compartimos los alimentos, momento en el que no faltaron las risas. Después del desayuno hicimos aseo de casa.

Posteriormente, reunidos en el salón, el Hno. Daniel Ávila nos habló de la vida comunitaria, pilar fundamental de los pasionistas, y mediante divertidas dinámicas fuimos experimentando el funcionamiento de la comunidad, donde cada uno es importante.

Después de un momento de descanso, el P. Eloy Medina nos ayudó a profundizar en la Pasión del Señor, misterio que sostiene la vida pasionista. Nos recordó que, al contemplar a Jesús crucificado, no sólo hemos de recordar su muerte dolorosa sino que debemos considerar las causas que lo llevaron a la cruz: Jesús fue visto como una amenaza para los poderes de su tiempo debido a que proclamó que todos los seres humanos somos hijos de Dios; en este sentido, podemos decir que la Pasión es un clamor de justicia. También contemplamos el misterio de la Pasión desde la mirada de san Pablo de la Cruz y, desde su enseñanza, tuvimos un momento de oración para mirar y escuchar a Jesús crucificado.

Después de este momento nos reunimos en el comedor para compartir los alimentos y nos dispusimos para la tarde de deporte con un partido de basquetbol.

Más tarde, reunidos nuevamente en el salón de la casa, el P. Eloy Medina nos invitó a contemplar la Pasión de Jesús en la Pasión del mundo, considerando los rostros y la realidad de tantos hombres y mujeres que en nuestro tiempo son crucificados. Para ello, realizamos un collage sobre «los males de nuestro tiempo» que causan el sufrimiento en nuestro país.

Terminado este momento, pasamos a la capilla para celebrar la Eucaristía en la fiesta de Santa María Magdalena. El P. Eloy Medina nos pidió que, como esta santa, tampoco nosotros dejemos de buscar a Dios.

Al concluir la celebración, pasamos a cenar. Y para concluir el día, en un ambiente de oración por medio del viacrucis, presentamos al Señor aquellas situaciones que causan dolor a nuestros hermanos. Después de este momento que nos permitió meditar la Pasión del Señor y contemplar la pasión del mundo, nos fuimos a descansar.

MIÉRCOLES 23 DE JULIO

Muy temprano nos levantamos para reunirnos en la capilla y celebrar la Santa Misa, al término de la cual, pasamos al comedor para compartir los alimentos y un momento de sana y amena convivencia. Después de este momento, el P. Eloy Medina nos comunicó que tendríamos un día de recreación fuera de casa, por lo que cada uno fue a su habitación para tomar su toalla y lo necesario para estar en un balneario.

Salimos entonces hacia el supermercado para comprar lo necesario; después continuamos el trayecto hacia un parque acuático. Cuando llegamos, buscamos una mesa y un asador, donde acomodamos lo que llevamos para comer. Y como el tiempo apremia, buscamos una alberca para nadar y convivir, no sin antes subirnos a los toboganes; en uno de ellos, bastante elevado y con una caída libre, los hermanos que se deslizaron se quedaron sin habla hasta que, como niños recién nacidos, daban el respiro que les devolvía el aliento, demostrando su emoción con risas y el deseo de volver a subir. Más tarde, nos reunimos para compartir los alimentos preparados por el Hno. Daniel Ávila. Y habiendo satisfecho el hambre, volvimos a la alberca, no para nadar sino para tener una amena conversación.

Ya entrada la tarde, nos indicaron que debíamos abandonar el balneario por el mantenimiento cotidiano. Empezamos entonces el regreso a la comunidad y una vez en casa, cenamos y continuamos con un breve momento de convivencia.

JUEVES 24 DE JULIO

Iniciamos el día encontrándonos con Dios en la oración y la meditación. Posteriormente, pasamos al comedor para compartir los alimentos y tener un momento de convivencia mediante pláticas amenas que van manifestando la alegría de la vida y el afecto por los hermanos.

Después de este momento, hicimos los aseos para mantener en orden los espacios de la casa; al terminar, nos reunimos en el salón, donde el P. Eloy Medina nos compartió el tema: «La vocación en la Biblia», señalando que Dios sale al encuentro de los seres humanos para

llamarlos y encomendarles una misión. Y aunque en ocasiones los llamados ponen resistencia, Dios siempre busca la forma de cautivarlos para que sean capaces de colaborar en su plan de salvación.

Esta actividad se extendió hasta el momento en que fuimos a comer. Como en días anteriores, tuvimos la posibilidad de compartir los alimentos con los sacerdotes de la casa, pero este fue un día especial por la fiesta de los Beatos mártires de Daimiel. Terminada la comida, nos dimos cita en la cancha para tener un encuentro de basquetbol. Nuevamente dimos muestra de coordinación para pasar el balón e ir haciendo anotaciones. Fue un partido bastante reñido, aunque al final, el marcador dictó que había un ganador.



Después del aseo personal, nos reunimos en el salón. El Hno. Daniel Ávila nos compartió el tema: «La santidad en la vida pasionista», donde pudimos compartir los datos más sobresalientes sobre la vida de los santos pasionistas que a cada uno nos habían distribuido con anterioridad. Hablamos de san Pablo de la Cruz, san Gabriel de la Dolorosa, santa Gema Galgani, Santa Maria Goretti, san Inocencio Canoura, de los mártires de Daimiel y del Beato Bernardo Silvestrelli, reconociendo que estos personajes, al aceptar el llamado de Dios, se fueron encaminando hacia la vivencia de la santidad.

Después de este momento, nos reunimos en la capilla para celebrar la Eucaristía. El P. Eloy Medina nos invitó a reconocer la presencia de Dios en cada momento de nuestra vida, incluso en los de mayor confusión, teniendo la certeza de que Dios camina con nosotros y nos sostiene para que vivamos nuestra vocación. Así mismo, nos recordó que los mártires de Daimiel, sabiendo que el ocaso de su vida estaba cerca, no claudicaron sino que vivieron su pasión, unidos a Jesús, en la noche de Getsemani.

Para concluir el día, después de haber cenado, tuvimos una convivencia en la que pudimos conocer más sobre la vida y las experiencias de los hermanos.

VIERNES 25 DE JULIO

Iniciamos el día dando gracias a nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen María por un nuevo día rezando laudes. Una vez concluida la oración, pasamos al comedor para desayunar y compartir los momentos divertidos que hemos vivido en esta comunidad.

Posteriormente hicimos los aseos que nos corresponden. Pero antes, el P. Eloy Medina nos pidió que preparáramos nuestras herramientas de meditación pues tendríamos una actividad fuera de la casa.

Fuimos entonces a un cerro con paisajes extraordinarios, en una comunidad de Huimilpan, Querétaro. En cuanto llegamos, el Padre nos dio indicaciones para hacer una meditación en soledad, simulando que estamos en el desierto, donde, en medio del silencio, tendríamos la posibilidad de escuchar al Señor y exponerle nuestras miserias e inquietudes, para que él obre en nosotros.

Terminada la actividad, el Padre nos reunió para comentar la experiencia. Y después, nos llevó a comer en casa de una familia muy amable, donde nos esperaban las gorditas, el pollo asado y unas tunas bien sabrosas.

Ya en casa, bajo la guía del Hno. Daniel Ávila, hicimos una actividad para plasmar con creatividad como nos veíamos de ahora en adelante, tomando en cuenta todo lo vivido y aprendido.

Posteriormente, los hermanos novicios nos prepararon la cena y tuvimos un momento de convivencia con toda la comunidad del Noviciado. Para finalizar el día, el P. Eloy Medina nos reunió en la capilla para dar gracias a nuestro Señor por todo lo que hemos vivido y cuanto nos ha ido manifestando.

SÁBADO 26 DE JULIO

A unas horas de que esta experiencia llegue a su fin, nos dimos cita en la capilla de la casa para celebrar juntos la Eucaristía, en la cual, agradecemos por lo vivido y compartido, y encomendamos a Dios los sueños y los proyectos de cada uno. Durante la homilía, P. Eloy Medina nos invitó a recordar que en el mundo siempre están presentes el trigo y la cizaña, ante cuya presencia es necesario mantener viva la memoria de la bondad que Dios ha sembrado en nuestras personas, pues también en nosotros el trigo y la cizaña crecen juntos, se ven en nuestros aspectos positivos y negativos, pero con la ayuda de Dios y nuestro esfuerzo podemos hacer crecer el trigo hasta dar frutos que alimenten a los demás.

Terminada la Eucaristía y después de tomarnos la tradicional foto del recuerdo, pasamos al comedor, donde compartimos los alimentos con la comunidad que nos acogió, nos despedimos y agradecemos su amable hospitalidad.

Nuestra última reunión tuvo como eje la presentación de algunos aspectos de la Provincia Pasionista de Cristo Rey, así como de las indicaciones prácticas para quienes iniciarán la formación en la vida Pasionista. Además, tuvimos la oportunidad de compartir, a manera de evaluación, la experiencia vivida, con la finalidad de ayudar a los animadores a seguir creciendo en su misión.

Una vez recogidas nuestras cosas, compartidas las últimas vivencias y las tradicionales promesas de oraciones mutuas, cada uno emprendió su camino, alabando y agradeciendo a Dios por el don de la vocación.

Crónica escrita por los aspirantes



CONOCIENDO A LOS POSTULANTES

El lunes 18 de agosto, los jóvenes Diego Armando Cruz Vega, Luis Enrique Arreguín Peres, Alexis Aboytes Baylón y Gabriel Arturo Pérez Corona, después de haber vivido el proceso de discernimiento vocacional, se integraron a la Comunidad del Beato Isidoro de Loor, en Tequisquiapan, Querétaro, para iniciar el año de Postulantado. Conozcamos a estos hermanos que están iniciando su formación entre nosotros.



Diego Armando Cruz Vega, oriundo de Puerta de San Rafael, municipio de Corregidora, Querétaro, nació el 13 de mayo de 1997. Es el segundo de dos hermanos, hijo de Jorge Cruz y Leticia Vega. Es ingeniero ambiental por la Universidad Tecnológica de Querétaro. Ha manifestado que desea responder al llamado de Dios para acercar su mensaje a los jóvenes que viven sin sentido. Y considera que la Pasión de Jesús puede ser un camino de salvación para todos los que lo contemplan.

Luis Enrique Arreguín Peres nació el 2 de mayo de 2000, en Charlotte, Carolina del Norte, Estados Unidos, donde vivió hasta los siete años. Posteriormente, se estableció en El Salitrillo, municipio de Huimilpan, Querétaro, donde reside toda su familia. Es hijo de Alfredo Arreguín y Esmeralda Pérez, y el primero de cuatro hermanos. Convencido del llamado de Dios, se ha acercado a nosotros para conocer nuestra forma de vida, con el deseo de profundizar el misterio de la Pasión de Jesucristo y, unido a su sacerdocio, poder dar testimonio pleno del amor que lo llevó a donar la vida por la salvación de la humanidad.



Alexis Aboytes Baylón es originario de Tinaja de la Estancia, municipio de Querétaro, nacido el 28 de julio de 2004. Es el segundo de tres hermanos del matrimonio formado por Zacarías Aboytes y María del Pueblito Baylón. Después de vivir el proceso vocacional, solicitó su admisión al Postulantado para discernir si Dios lo llama para servirlo en este estilo de vida. Haciendo memoria de la Pasión de Cristo, desea ser como el Cirineo que se acerca a los hermanos para soportar el peso de sus cruces. Aunque este es el primer Instituto que conoce, le llama la atención que los Pasionistas acentúan la vida apostólica, mostrándose disponibles para anunciar el Evangelio hasta los últimos rincones de la tierra.

Gabriel Arturo Pérez Corona es hijo de Carlos Mario Pérez y Georgina Corona. Nació el 16 de agosto de 2006, en Villa Hermosa, Tabasco, aunque prácticamente ha residido toda su vida en Zacatelco, Tlaxcala. Es el cuarto de cinco hermanos. Después de conocer la vida de san Gabriel de la Dolorosa y de santa Gema Galgani, decidió vivir el proceso de discernimiento vocacional y solicitar su entrada al Postulantado de la Provincia, sabiendo que Dios lo ha llamado para contemplar el misterio de Jesús crucificado y anunciarlo a quienes viven sin esperanza.



HACIA LA GLORIA DEL CIELO



El próximo 18 de octubre, estaremos celebrando el 250 aniversario de la Pascua de San Pablo de la Cruz, fundador de los Misioneros Pasionistas. Para conmemorar este acontecimiento, en edición del Boletín Informativo de la Provincia de Cristo Rey, presentaremos una serie de tres artículos, escritos por los padres Eloy Medina Torres, Miguel Ángel Villanueva Pérez y Rafael Vivanco Pérez, titulados: «Hacia la Gloria del cielo», «La Memoria Passionis: transformadora del hombre y del mundo según San Pablo de la Cruz» y «Actualidad del carisma Pasionista». Que estos artículos y la admiración por el incansable ministerio de San Pablo de la Cruz sean de utilidad para celebrar y renovar nuestra consagración a la Pasión de Jesucristo, en bien de la Iglesia y de la humanidad.

INCANSABLE EN LA ENFERMEDAD

En el año de su muerte, Pablo de la Cruz, nacido el 3 de enero de 1694, había cumplido 81 años de edad y sus padecimientos iban en aumento. No obstante, a pesar de estar postrado en cama, nunca descuidó su ministerio. Como director espiritual, asistido por un secretario, daba respuesta a la correspondencia de numerosos fieles; así

mismo, desde abril a junio de 1775, recibió con frecuencia a Rosa Calabresi¹ para acompañarla en su vida espiritual. A pesar de sus enfermedades y la dificultad para mantenerse en pie, era llevado a la sacristía de la Basílica de los santos Juan y Pablo, donde tenían conversaciones espirituales.² Como Superior General, estaba al tanto de los asuntos del Instituto, exhortando a la observancia conventual y señalando las omisiones cometidas, así lo muestra la reprensión hecha el 19 de agosto de 1775, al P. Antonio Pucci, Maestro de novicios, por no haber informado el estado de los jóvenes: «Aunque me encuentro mal y me acerco cada vez más a la muerte, mientras viva, debo velar por el bien del Instituto, por lo cual, necesito toda la información».³

En febrero del mismo año, dadas las nuevas circunstancias del Instituto, señaló la necesidad de hacer una revisión de la Regla aprobada por Clemente XIV, misma que efectuó con la ayuda del P. Giuseppe Giacinto Ruberi. De acuerdo con su testimonio: «Me ordenó que cada día le recitara uno o dos capítulos de la Regla, debido a que la enfermedad no le permitía hacerlo por sí mismo; después de examinar atentamente, me dictaba las adiciones, explicaciones, modificaciones o supresiones que consideraba oportunas, pidiendo por humildad mi parecer y el de otros padres ancianos y venerables».⁴

El 5 de marzo de 1775, Pablo recibió en su celda la visita de Pío VI, a pocos días de su elección.⁵ Al darse cuenta de su presencia, Pablo exclamó emocionado: «¡Cómo es que el Santo Padre, se ha dignado visitar a la última creatura de la santa Iglesia, a este mendigo y miserable pecador!». Tras unos minutos de conversación, el Papa se acercó a su lecho, lo abrazó, le besó la frente y las manos y lo bendijo.⁶

El 28 de marzo, Pablo de la Cruz anunció la celebración del VI Capítulo General, en el Retiro de los santos Juan y Pablo. Convocó a todos los Superiores para que examinaran las modificaciones que había hecho al texto de la Regla, antes de someterla al discernimiento de la Santa Sede. El Capítulo inició el 15 de mayo con la invocación al Espíritu Santo. Posteriormente, a pesar de su debilidad, el Padre Pablo se unió a la celebración penitencial, colocándose la cuerda en el cuello mientras pedía perdón por sus muchos pecados. Terminado este acto, los capitulares dieron lectura a un rescripto de Pío VI, en el que permitía que Pablo fuera nuevamente elegido como Superior General. Aun cuando éste se resistió señalando su incapacidad, los capitulares lo eligieron en el primer escrutinio.⁷ Los días posteriores a las elecciones, se llevó a cabo la discusión y

aprobación de las modificaciones introducidas en la Regla; aun con sus achaques y dolencias, Pablo de la Cruz decidió estar presente en todas las sesiones.

Por la mañana del 20 de mayo, al concluir el Capítulo General, Pablo pronunció su discurso «reconociendo su debilidad e impotencia para soportar el peso del Gobierno y su disponibilidad para someterse a la divina voluntad y al deseo del Capítulo; invitando a todos a mantener la regular observancia, y a los Superiores, a velar con caridad, paciencia y valor el verdadero bien, tanto del Instituto, como de cada casa e individuo en particular, haciendo la corrección con intención pura, espíritu sereno y corazón tranquilo, procediendo con benevolencia y nunca con severidad».⁸

Semanas antes de su partida, el 15 de septiembre, el Padre Pablo recibió la noticia de que la Regla había sido aprobada por Pío VI, con la Bula «Praelara virtutum exempla», lo cual, representaba para el fundador la coronación de sus empeños en esta obra inspirada por Dios y la certeza de que se abría un camino estable de vida y apostolado para sus hermanos.



LOS MALES SE AGRAVAN

Con muchas dificultades, el 15 de junio de 1775, el Padre Pablo celebró la Misa por última vez, en la fiesta de Corpus Christi. Y desde el 26 de junio, fiesta de los santos Juan y Pablo, sus males fueron en aumento: dolores articulares, ceguera, sordera, reumatismo, malestar en la ciática y un vómito que le impedía tomar y retener el alimento. Aun cuando sus males lo tenían postrado en la cama, del 5 al 14 de agosto, con mucho esfuerzo se levantó para ser llevado a la Basílica y unirse a las celebraciones por la Asunción de María. Y diariamente en su celda, recitaba los quince misterios del rosario y la corona del Señor; él mismo decía: «si no puedo rezar con la boca, lo haré con el corazón».⁹

Por la tarde del 29 de agosto, sintiendo que sus dolores eran más frecuentes, pidió recibir la santa comunión. En presencia de los hermanos de comunidad que lo acompañaban, expresó su deseo de vivir y morir en comunión con la Iglesia; recitó el Símbolo de los apóstoles y dio sus últimas recomendaciones, mismas que fueron escritas por los padres Vicente María Strambi y Giuseppe Giacinto Ruberi,¹⁰ y que han sido transmitidas hasta nuestros días como su Testamento, en el cual, encontramos tres temas fundamentales: el amor fraterno, la oración por el Sumo Pontífice y la observancia del carisma Pasionista. Pidió con insistencia «el cumplimiento de aquel santísimo mandamiento dado por Cristo Jesús a sus discípulos: “En esto conocerán todos que son mis discípulos: si se aman los unos a los otros”». Pidió también que se recuerde continuamente al Sumo Pontífice: «Con particular empeño les recomiendo un filial afecto hacia la Santa Madre Iglesia y la más perfecta sumisión a su Cabeza visible, que es el Romano Pontífice. Día y noche se pedirá en nuestras oraciones, tanto por la Iglesia como por el Sumo Pontífice». De manera particular pidió oraciones por Pío VI: «Que se ore con fervor por el presente Sumo Pontífice, para que la divina misericordia lo conserve prósperamente durante mucho tiempo para bien de la Iglesia y lo conserve en el éxito de sus intenciones».¹¹ Y sobre la observancia del carisma, pidió «a los que van a ejercer el oficio de Superiores, que florezca siempre el espíritu de oración, el espíritu de soledad y el espíritu de pobreza, así la Congregación brillará como el sol ante Dios y ante los hombres». Después de estas recomendaciones recibió la absolución y la santa comunión, mientras decía lleno de fe: «¡Ven, Señor Jesús!». Posteriormente, encomendó a los Consultores la traducción de la Regla del latín al italiano para uso de los hermanos legos, solicitó fraternas consideraciones para el Hno. Bartolomé, que había sido su enfermero durante tantos años, y volvió a bendecir a todos los religiosos, presentes y ausentes.¹² Así transcurrieron varias semanas de dolor y agonía.

El 18 de octubre, recibió la visita de Monseñor Tommaso Struzzi,¹³ a quien le confesó que la Pasión de Cristo y los dolores de María santísima eran la fuente de su esperanza. De esta manera, moría escondido en el costado de Cristo, como lo había recomendado a tantos en la dirección. Pablo, que había vivido abandonado a la voluntad de Dios e inmerso en el misterio de la Pasión de Jesús, moría unido al mismo Jesús.¹⁴ Sintiendo que se acercaba el momento, pidió los auxilios espirituales y, mientras recitaban la última recomendación de su alma, le fue colocado el hábito de la Pasión sobre el sudario que había llevado durante la enfermedad,¹⁵ mientras su mirada permanecía fija en las imágenes de Jesús crucificado y de la Virgen de los Dolores. Acercándose a su lecho, Monseñor Struzzi le hizo una petición: «Padre Pablo, acuérdesse en el Paraíso

de esta pobre Congregación, por la que tanto se ha fatigado, y de nosotros, sus pobres hijos». ¹⁶ Eran las 4.45 de la tarde cuando cerró los ojos a este mundo con una clara visión de la gloria del cielo.



Habiendo expirado, los hermanos se acercaron a su cuerpo para besar su mano y recostar la cabeza sobre su pecho, pidiendo su intercesión. El repicar de las campanas de la Basílica anunciaba su muerte a los romanos que, poco a poco, se acercaron a la plaza con la intención de venerar el cuerpo de quien era considerado santo. Pío VI, al conocer la noticia, afirmó que Pablo estaba en el Paraíso pues había vivido como siervo de Dios; también ordenó a su maestro de ceremonias que dispusiera el entierro del santo a sus expensas en un ataúd de plomo. ¹⁷

Es sabido que en el momento del tránsito, Rosa Calabresi, vio que su habitación se llenaba de una luz extraordinaria. Reconoció a un hombre que se elevaba llamándola por su nombre. Como no daba respuesta, escuchó una voz que le decía: «Rosa, soy el Pablo Pablo y he venido a anunciarle que voy al cielo para estar con Dios por toda la eternidad. Nos veremos en el Paraíso». Su testimonio fue confirmado el 19 de octubre, en la carta circular del P. Giovanni Maria Cioni, con la que comunicaba la muerte del santo. ¹⁸

En la mañana del día 19, el cuerpo de Pablo fue trasladado a la Basílica. Iba sobre una tabla conducida por cuatro religiosos y, con velas encendidas, era acompañado por la comunidad que cantaba el salmo Miserere. Muchas personas se acercaron para besar sus manos y tocar el hábito y el emblema de la Pasión. Entre los presentes, estaban el Cardenal Giovanni Boschi, titular de la Basílica, obispos y eclesiásticos, hombres sencillos y nobles caballeros que deseaban venerar el cuerpo del santo. ¹⁹

Desde este momento, iniciaron los hechos extraordinarios: «El sacerdote Michele Capelli di Basano, se acercó para besar su mano, percibiendo un olor suavísimo. Y una tal Gertrude Marini, que padecía un tumor maligno en la mejilla, se acercó para invocar la intercesión del santo; besó su mano y al instante quedó curada. ²⁰

Terminadas las exequias, el cuerpo fue colocado en una caja de madera. Y el día 21, al llegar la urna de plomo, fue introducido conforme a las disposiciones papales y colocado bajo tierra junto a una pared de la Basílica, donde se colocó esta inscripción: «Hic iacet corpus Servi Dei Patris Pauli a Cruce, fundatoris congregationis clericorum excalceatorum Sanctissimae Crucis et Passionis Domini Nostri Iesu Christi. Qui obiit Romae anno iubilei millesimo septingentesimo septuagesimo quinto, die decima octava octobris». ²¹

P. Eloy Medina Torres



REFERENCIAS

1. Rosa Calabresi vivía en Cerveteri, a 42 km. de Roma. Se sintió llamada a una vida de perfección. Se acercó a Pablo conociendo sus cualidades para la dirección espiritual, pidiendo que la acompañara hacia la unión con Dios. La comunicación fue por correspondencia por lo que nunca se vieron durante los diez años de dirección; a pesar de ello, Pablo conocía las mociones de su alma. Cfr. Luis Teresa de Jesús, Vida de San Pablo de la Cruz, p. 521.
2. Cfr. Gioacchino de Sanctis, L'avventura carismatica di San Paolo della Croce, p. 917.
3. Lettere, vol. V, p. 219.
4. Gioacchino de Sanctis, op.cit., p. 912.
5. De acuerdo con el testimonio de don Antonio Frattini, Pablo de la Cruz, anticipó los sufrimientos que el Pontífice habría de padecer, a causa de los efectos de la Revolución Francesa, hasta morir en el destierro. Cfr. Philippe Plet, Pablo de la Cruz, el fundador y el apóstol, p. 247.
6. Cfr. Enrico Zoffoli, San Paolo della Croce. Storia critica, vol. I, p. 1466.
7. Cfr. Gioacchino de Sanctis, op.cit., 924.
8. Ídem., p. 925.
9. Ídem., p. 931
10. Cfr. Ídem., p. 934
11. Ibidem.
12. Cfr. Enrico Zoffoli, op.cit., p. 1508.
13. Tommaso Struzzi fue el primer Pasionista elevado al ministerio episcopal.
14. Cfr. Clemente Sobrado, San Pablo de la Cruz, rasgos de una vida, p. 65.
15. Cfr. Enrico Zoffoli, op.cit., p. 1517.
16. Gioacchino de Sanctis, op.cit., p. 942.
17. Cfr. Enrico Zoffoli, op.cit., p. 1522.
18. Cfr. Ídem., p. 1523.
19. Cfr. Gioacchino de Sanctis, op.cit., p. 944.
20. Enrico Zoffoli, op.cit., p. 1525.
21. Ídem., p. 1529.

LA MEMORIA PASSIONIS

TRANSFORMADORA DEL HOMBRE Y DEL MUNDO

SEGÚN SAN PABLO DE LA CRUZ



«San Pablo de la Cruz reunió compañeros que viviesen en común para anunciar el Evangelio de Cristo a los hombres».

Quiso que los mismos compañeros siguieran un estilo de vida «a la manera de los Apóstoles», y fomentasen un profundo espíritu de oración, de penitencia y de soledad, por el que alcanzasen una unión más íntima con Dios y fuesen testigos de su amor».¹

«Con clara visión de los males de su tiempo, proclamó incansablemente que la Pasión de Jesucristo, la obra más grande y admirable del divino amor,² es el remedio más eficaz.

El primer apartado de nuestras Constituciones se titula: «Los fundamentos de nuestra vida», dan inicio, justamente, mencionando el nombre de nuestro fundador San Pablo de la Cruz como origen y fundamento de nuestra vida. Los autores modernos hablan hoy del «Carisma del fundador»³ como la moción del Espíritu Santo que, queriendo hablar a la cultura y a los hombres de un cierto tiempo y lugar, arranca de la vida cotidiana a una persona para que encarne la voluntad de Dios. En ese carisma, Dios le da a la persona una identidad y una misión, la capacita para el discernimiento comunitario y la convierte en un modelo formativo. San Pablo apóstol, nos

regala esta cuasi definición: «Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó».⁴ Diríamos que Dios les dio la fuerza, la inspiración y los puso en movimiento. El Espíritu inspiró a San Pablo de la Cruz, no sólo para fundar una nueva comunidad religiosa dentro de la Iglesia, sino que le dio una gracia especial que le permitió comprender y proponer una respuesta a las necesidades de la gente de su tiempo y lugar y, conjuntamente, esa gracia especial, le exigió que transmitiera esa visión y misión específica a sus seguidores.

EL MUNDO EN EL TIEMPO DE SAN PABLO DE LA CRUZ

Las sociedades y culturas europeas del siglo XVIII, conocido como el «Siglo de las Luces», estaban emergiendo del absolutismo, mientras que comenzaron a surgir nuevos movimientos sociales que promovían ideas novedosas como la soberanía popular y los derechos humanos. La Ilustración fue el caldo de cultivo para la Revolución Francesa y la independencia de los Estados Unidos. Estaba ascendiendo con fuerza la clase social conocida como la Burguesía, ganando protagonismo e impulsando valores como el utilitarismo, la educación y el progreso económico. La propagación de las nuevas ideas se estaba realizando en espacios clandestinos como bares, cafés, salones literarios y publicaciones periódicas. El arte se fue alejando del barroco religioso buscando la belleza natural y racional. En la literatura y la filosofía, surgieron autores como Voltaire, Rousseau y Montesquieu, escribiendo obras que se constituyeron pilares del pensamiento moderno.

Otros grandes pensadores como Diderot y D'Alembert, dieron inicio al **Enciclopedismo – Iluminismo**: movimiento intelectual, político y social que impulsó la recopilación del conocimiento en una sola obra, de la A hasta la Z, intentando con ello, acabar con la tiranía de los pensadores que se concebían como poseedores absolutos del conocimiento; la cuestión era evitar la dispersión y la polarización, ofreciendo a la humanidad, en un solo lugar,

todo el conocimiento acumulado a través de los siglos. Se propuso también al razonamiento como motor del progreso y como herramienta única para entender el mundo y mejorar la sociedad. Otra finalidad del Iluminismo fue la crítica de la superstición y la religión dogmática, ya que los pensadores ilustrados cuestionaron las creencias tradicionales y defendieron una espiritualidad más racional. Al inicio no se rechazó la religión, pero gran parte de la sociedad estaba rechazando la fe, confrontándola con la razón, encendiendo discusiones en las que se retaba a la Iglesia católica a explicar racionalmente sus prácticas, creencias y textos sagrados como la Biblia. Para muchos la Fe y la Sagrada Escritura estaban siendo superados; para otros grandes, como Kant,⁵ la razón tenía limitaciones y no podía tomarse como eje del pensamiento humano, simplemente porque el raciocinio no puede trascender el ámbito de los fenómenos.

No olvidemos que en la segunda mitad del siglo XVIII, apareció la máquina de vapor, iniciando la Revolución Industrial.



ANTECEDENTES Y AFINIDADES DEL PENSAMIENTO DE SAN PABLO DE LA CRUZ

El amor vulnerable:

Juan Taulero.⁶ Es bien sabido que los textos de los sermones de Taulero influyeron en la vida y obra de San Pablo de la Cruz. Taulero no habla del sufrimiento de Dios en términos meramente metafóricos o simbólicos. Para él, el sufrimiento divino tiene una dimensión real, especialmente en la encarnación y en la pasión de Cristo, pero también en la vida espiritual del creyente. Para Taulero, el alma que se une a Dios no sólo participa de su gloria, sino también de su sufrimiento. Esta participación no es masoquista, sino transformadora: el sufrimiento se convierte en medio de purificación y amor. En uno de sus

sermones sobre la pasión, Taulero escribe que «el alma debe entrar en la herida del costado de Cristo, y allí encontrar el corazón de Dios que sufre por amor». Esta imagen no es sólo poética, sino profundamente teológica: el sufrimiento de Dios es el lugar donde el alma encuentra su descanso.

Ya en la España del siglo XVI, **San Juan de la Cruz**⁷ describía el amor de Dios, expresado en su hijo Jesucristo, en su dimensión profunda y conmovedora. No se trata de un amor idealizado o triunfalista, sino de un amor que se expone, que se entrega, que sufre y transforma, y lo expresa con una intensidad poética que revela tanto la grandeza como la fragilidad del alma que ama.

Para **Soren Kierkegaard** (siglo XIX), el sufrimiento no es un accidente de la existencia, sino su núcleo más profundo. Para este pensador, el dolor no sólo revela la fragilidad humana, sino que también puede ser el umbral hacia lo eterno.

Anaïs Nin, estadounidense fallecida en 1977, es una autora moderna que aborda de forma profunda la relación entre el amor y la vulnerabilidad. En su obra **Delta de Venus**,⁸ que es una colección de relatos, Nin plantea que el amor auténtico exige una entrega total, una renuncia al control y una aceptación del caos emocional. Ella escribe en esta obra:

«El amor no es una elección, pero amar plenamente lo es. Exige entrega, una vulnerabilidad que pocos están dispuestos a ofrecer».

Desde su perspectiva, amar implica despojarse de las defensas, exponerse al dolor, y aceptar que la alegría más intensa nace precisamente de esa apertura emocional. Esta visión se entrelaza con ideas existencialistas: el amor como afirmación de la libertad, como un acto creativo que transforma al individuo al enfrentarlo con su propia fragilidad.

Han Kang,⁹ escritora surcoreana contemporánea, explora el amor vulnerable en las novelas de **La vegetariana** y **Actos humanos** como una fuerza que se enfrenta a la violencia, la alienación y el trauma, revelando tanto la fragilidad como la resistencia del ser humano.

San Pablo de la Cruz. El ambiente social y religioso: Italia, al final del siglo XVIII, tenía unos 18 millones de pobladores. Un 85% vivía en el campo. Las ciudades más grandes de la época eran: Nápoles, Roma, Palermo, Venecia y Milán. La Iglesia estaba presente en unas 350 diócesis esparcidas especialmente en el reino de Nápoles.¹⁰

La religiosidad popular. El pueblo italiano del siglo XVIII era analfabeta en su mayoría y dejaba percibir la ignorancia de las verdades fundamentales de la fe. El instrumento más eficaz para la instrucción religiosa era la tradicional predicación popular: misiones, procesiones y ejercicios espirituales públicos. La predicación, muchas veces, se unía a escenificaciones y dramas religiosos. El pueblo acogía, mayormente, el aspecto más espectacular de toda esta vitalidad religiosa. Las raíces de la espiritualidad de Pablo de la Cruz se enriquecieron con el humus de la más genuina piedad popular. Su predicación iba a lo esencial, escapando instintivamente de toda retórica y exterioridad. Su exigente espiritualidad rechazó todo tipo de relación con las modas de su tiempo. Pablo reaccionó al vacío espiritual de la época con una intensa vida de ascesis y de contemplación que se expresaba en la búsqueda amorosa del Dios revelado en Cristo crucificado.

En este contexto histórico, determinado principalmente por los conflictos dinásticos, por el enraizamiento del iluminismo, del jansenismo y del quietismo, fue dónde Pablo de la Cruz vivió y actuó. En Cristo crucificado encontró las respuestas a su sed de Dios, a las necesidades de la Iglesia, del pueblo cristiano y del mundo. Su inspiración de fundar una nueva congregación, con la específica misión de hacer memoria y de proclamar la Pasión redentora de Cristo, es el fruto más maduro y duradero. Sólo la manifestación del amor de Dios en el Hijo crucificado, en efecto, puede ser la respuesta decisiva a todos los males del mundo y el medio más eficaz para obtener todos los bienes.¹¹

En su Diario espiritual¹² y en sus cartas¹³, el amor a Cristo crucificado es el núcleo central de su espiritualidad y carisma. Para él, la Pasión de Jesucristo es la «obra más grande y estupenda del amor de Dios». Este amor se manifiesta en su deseo de identificarse plenamente con Cristo crucificado, hasta el punto de querer sentir sus espasmos y estar en la cruz con Él. San Pablo de la Cruz vivió una profunda contemplación de la Pasión, que consideraba el medio más eficaz para la conversión de los pecadores y la santificación de las almas.

En su experiencia espiritual, especialmente durante el retiro de Castellazzo, Pablo experimentó las penas de Cristo como infundidas en su alma, lo que lo llevó a una unión amorosa y dolorosa con el Crucificado. Este amor lo impulsó a fundar la Congregación de la Pasión, con el carisma específico de hacer memoria de la Pasión de Jesús y promoverla en el corazón de los fieles.

El amor a Cristo crucificado también se refleja en su vida de oración, en su práctica de la pobreza, en la soledad, en la penitencia y en su misión apostólica. Para San Pablo de

la Cruz, la Pasión de Cristo no sólo es un evento histórico, sino una realidad viva que transforma y da sentido a toda la existencia cristiana.

P. Miguel Ángel Villanueva Pérez



REFERENCIAS

1. Notizia 1747, n.3; L.III, 417-420.
2. L. II, 499.
3. Amedeo Cencini. El árbol de la vida. Hacia un modelo de formación inicial y permanente. España: San Pablo, 2023.
4. Rom 8, 28-30.
5. Immanuel Kant: Crítica de la Razón Pura.
6. Taulero: 84 sermones, publicado por www.dominicos.org
7. San Juan de la Cruz: Cántico Espiritual. Noche oscura del alma.
8. Anaïs Nin: Delta de Venus. Ed. Alianza editorial, 2015.
9. Han Kang. Escritora surcoreana, premio nobel de literatura 2024.
10. F. Giorgini, Historia de la Congregación de la Pasión de Jesucristo, vol. I, 12-35.
11. Cuadrasal L.: La Identidad Carismática Pasionista, p. 50. Roma, mayo de 2022.
12. San Pablo de la Cruz: Diario Espiritual. Terminado el 1 de enero de 1721 en la sacristía de la Iglesia de San Carlos en Castellazzo.
13. San Pablo de la Cruz: Cartas, vol. I-IV, publicados por el P. Amadeo de la Madre del Buen Pastor en 1924; el vol. V por Cristofor Chiari en 1977.



ACTUALIDAD DEL CARISMA PASIONISTA



La tarde del miércoles 18 de octubre de 1775, Año Santo, el Padre Pablo de la Cruz, a la edad de 81 años, termina su peregrinación por este mundo en su habitación del Retiro de los Santos Juan y Pablo en Roma. Se le reconoce como Fundador, Místico y Evangelizador.

En los últimos meses, el Padre Pablo fue preparando su larga Pascua: Con profunda responsabilidad y amor a la Congregación alternó los diversos achaques de su salud cada vez más deteriorada y, a veces en extrema gravedad, con la preparación de la última revisión de las Reglas y Constituciones y su correspondiente aprobación por la Iglesia (15 de septiembre de 1775); así mismo, presidió el VI Capítulo General de la Congregación (12 a 20 de mayo), que lo confirmó una vez más como Prepósito General.

Es significativo que en sus últimos días, especialmente el 30 de agosto de 1775, el Padre Pablo va expresando diversos consejos a sus religiosos, a manera de testamento: ante todo, amarse con toda caridad; hacer florecer el espíritu de oración, soledad y pobreza para que la Congregación resplandezca como una luz ante Dios y ante el mundo; filial afecto por la Iglesia, y la sumisión y oración por el Papa; colaborar por el bien de misma Santa Iglesia y la evangelización de los prójimos promoviendo la devoción a la Pasión de Jesucristo; una filial devoción a la Virgen María Dolorosa; pide perdón por los errores cometidos; se recuerda de y bendice a todos los que ya llevan el hábito de penitencia y luto en memoria de la Pasión y Muerte de Cristo y de los que en el futuro serán llamados a este «pequeño rebaño de Jesucristo»; a su amado Jesús le encomienda esta pobre Congregación, que es fruto de su Cruz, Pasión y Muerte.

A su muerte, la Congregación de Pablo de la Cruz contaba con 12 Retiros, 1 Obispo, 172 Religiosos Sacerdotes y clérigos

y 62 hermanos coadjutores profesos. También, había sido fundado el primer Convento de las Monjas Pasionistas el 3 de mayo de 1771.

Pablo de la Cruz había fijado bien las bases para que «la Congregación de la Pasión durase hasta el fin del mundo» como era su deseo: «antes de morir, dejó nuestra Congregación bien fundada y establecida en la Santa Iglesia» (L III, 828). Era una Congregación comprometida en la contemplación y en la evangelización, aspirando también a contar con alguna misión en el extranjero, lo cual, ocurrió en 1781, a seis años de la muerte de Pablo. La Congregación gozaba por doquier del apoyo y simpatía de muchos amigos, eclesiásticos y seglares; no le faltaban las dificultades y la oposición de otros. La Bula de Pío VI que volvía a aprobar solemnemente el Instituto resalta esta estabilidad y armonía que sellan la obra de Pablo. Después de su muerte, la obra pasa totalmente a sus hijos.

Las siguientes palabras de Pablo de la Cruz en una carta (L I, 296.315) dan prueba de los alcances, la esperanza y la proyección de futuro que anidaba en su corazón respecto de la Congregación: «Querría que nos viniese tal fuego de amor, que abrazara hasta al que pasa junto a nosotros, y no sólo, sino hasta los pueblos más lejanos, las lenguas, las naciones, las tribus: en una palabra, todas las criaturas, a fin de que todas conociesen y amasen al Sumo Bien».

Con el paso de los años, hasta hoy, la Congregación se fue extendiendo y se ha hecho presente en muchas partes de un mundo, siempre más multiétnico, multiracial y multireligioso, en los diversos continentes. La Congregación ha entrado en contacto con diversas culturas y situaciones existenciales, políticas, históricas y eclesiales. Desde el ser y hacer Memoria de la Pasión de Cristo que nos identifica, los valores congregacionales han ido cobrando relieve como vivencia y anuncio de la Pasión, Cruz y Resurrección de Cristo, y están colaborando en el anuncio del Evangelio para acrecentar la vida y la renovación de la Iglesia en el mundo.

En las últimas décadas ha habido una gran expansión de la Congregación en los antiguos territorios de misión con un importante número de vocaciones. El contexto actual de la Congregación es el de la internacionalidad del carisma y su presencia en múltiples culturas. El deseo de Pablo de la Cruz está haciéndose realidad a través de anteriores y nuevas generaciones capaces de comprender y expresar el carisma en formas significativas para cada tiempo y lugar.

Ésta es una oportunidad que enriquece a la Congregación: cuando el carisma se va expresando y arraigando en la multiplicidad de rostros, lenguas y culturas diversas, va desplegando su capacidad de transformación en las personas y en las sociedades. Es también un desafío: pide a la Congregación estar abierta desde su identidad y entrar en diálogo con estas realidades nuevas, en un mutuo intercambio de valores. Hay que decir que en todo esto vamos logrando buenos resultados y, sin embargo, mucho nos falta por avanzar.

Es definitivo que, en la medida en que la Congregación y su carisma entra en diálogo con las distintas realidades que le rodean, afine su sensibilidad ante las necesidades más acuciantes para los seres humanos con quienes convive en cada tiempo y lugar. «Deseamos participar en las tribulaciones de los hombres, sobre todo de los pobres y abandonados» (Const. 3). «Movidos por nuestra consagración a la Pasión de Jesús, procuramos que nuestra vida y nuestro apostolado sean un signo verdadero y creíble en favor de la justicia y de la dignidad del hombre» (Const. 72).

Ser y hacer Memoria de la Pasión no es simplemente una devoción o un recuerdo piadoso que practicamos y proponemos a otros. Recordando al «Justo Crucificado» nos recordamos, encontramos y convocamos a todos los injustamente crucificados de hoy para caminar juntos haciendo procesos de transformación y resurrección. Así participamos del apasionamiento amoroso de Dios por el ser humano, que quiere moverlo para que se ponga de pie en sus postraciones y esté lleno de vida en todos los aspectos.



En este cambio de época hemos de estar atentos a la presencia y a la acción del Espíritu, leyendo los signos de los tiempos. Nuevas situaciones requieren nuevas respuestas. San Pablo de la Cruz fue muy creativo para responder a las necesidades de su tiempo reconociendo, como dice en la Regla de 1775 (cap. XVI), a propósito del voto de promover la grata memoria de la Pasión y Muerte

de Nuestro Señor Jesucristo: «Las circunstancias ofrecerán frecuentes ocasiones de promover tan grande obra... con sumo provecho propio y de los prójimos, pues el amor de Dios es muy ingenioso, y no se muestra tanto por las palabras de los amantes, cuanto por los hechos y ejemplos». La fidelidad creativa al Evangelio desde nuestro carisma nos permitirá responder a las necesidades de la gente de hoy, permaneciendo cerca del Cristo sufriente y resucitado para llevar su presencia a un mundo que sufre y requiere de alentar su esperanza.

Son abundantes las llamadas y motivaciones que nos vienen de la Iglesia en los últimos años en los Capítulos Generales y en el Jubileo por el Tercer Centenario de la Congregación, especialmente del Papa Francisco, para que vivamos «apasionados» nuestra identidad pasionista y respondamos a los desafíos de este tiempo:

- Para que el carisma perdure en el tiempo, es necesario que pueda adherirse a las nuevas necesidades, manteniendo vivo el poder creativo de los inicios. Este importante centenario representa una oportunidad para encaminarnos hacia nuevos objetivos apostólicos, sin ceder a la tentación de «dejar las cosas como están» (Evangelii Gaudium, 25). El contacto con la Palabra de Dios en la oración y la lectura de los signos de los tiempos en los acontecimientos cotidianos, os harán capaces de percibir el soplo creativo del Espíritu que alienta en el tiempo, señalando respuestas a las expectativas de la humanidad: a nadie se le escapa que hoy vivimos en un mundo en el que ya nada es como antes. También a vosotros se os pide que encontréis nuevos estilos de vida y nuevos lenguajes para anunciar el amor del Crucificado, testimoniando así el corazón de vuestra identidad.

- ...Vuestras reflexiones capitulares os han llevado al compromiso de renovación de la misión, centrándoos en tres aspectos: gratitud, profecía y esperanza. La gratitud es la experiencia de vivir el pasado en la actitud del Magnificat y caminar hacia el futuro en actitud eucarística. Vuestra gratitud es fruto de la memoria passionis. El que vive inmerso en la contemplación y se dedica al anuncio del amor que se entrega por nosotros en la cruz, se prolonga en la historia, se siente realizado y su vida es feliz. La profecía es pensar y hablar en el Espíritu. Esto es posible para el que vive la oración como aliento del alma, y puede acoger el impulso del Espíritu en lo íntimo de los corazones y en el conjunto de la creación. Entonces, la palabra anunciada se adapta a las necesidades del presente. Que la memoria passionis os convierta en profetas del Crucificado en un mundo que está perdiendo el sentido del amor. La esperanza es

ver en la semilla que muere, la espiga que rinde el treinta, el sesenta, el cien por cien. Se trata de percibir que continúa la acción del Espíritu que garantiza la misericordia del Padre que no nos abandona. Es alegrarse por lo que hay, en lugar de quejarse de lo que falta. En cualquier caso, no os dejéis «robar la alegría evangelizadora» (Evangelii Gaudium, 83).

- ...Los miembros de vuestro Instituto se sientan «marcados a fuego» (ibid., 273) por la misión enraizada en la memoria passionis. Vuestro Fundador, san Pablo de la Cruz, define la Pasión de Jesús como «la obra más grande y maravillosa del amor de Dios» (L II, 499). Sentía que ese amor le abrasaba y hubiera deseado incendiar el mundo con su personal actividad misionera y la de sus compañeros... recordar que «la misión es una pasión por Jesús, pero al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (Evangelii Gaudium, 268).
- No os canséis de reforzar vuestro compromiso en favor de las necesidades de la humanidad, sobre todo hacia los crucificados de nuestro tiempo: los pobres, los débiles, los oprimidos y los descartados por las muchas formas de injusticia; requerirá un esfuerzo sincero de renovación interior, que deriva de la relación personal con el Crucificado Resucitado. Solamente el que está crucificado por amor, como lo fue Jesús en la cruz, es capaz de socorrer a los crucificados de la historia con palabras y acciones eficaces... Se necesitan gestos concretos que hagan experimentar ese amor en nuestro mismo amor, que se da compartiendo situaciones de crucifixión, gastando la vida hasta el final. (Mensaje de Francisco, por el Tercer Centenario, 15 de octubre, 2020).
- «Miren al prójimo en el Costado de Jesús: así lo amarán con amor puro y santo (L 437)». «Amemos al prójimo en Dios; amemos a Dios en el prójimo (L 327)». Las palabras de San Pablo de la Cruz, hombre transfigurado por la Pasión de Cristo, son todavía hoy una fuerte advertencia para hacer de ustedes instrumentos de misericordia entre los afligidos en el cuerpo y en el espíritu... sean apóstoles compasivos, dispensadores del amor de Dios entre los últimos, fieles instrumentos de la Misericordia divina para sanar las heridas de la humanidad llagada por tantos sufrimientos» (Mensaje del Papa Francisco, 29 de septiembre de 2024, por el Capítulo General 48).



- ...Es necesaria una misión que tenga como objetivo llegar al mayor número de personas. Sin renunciar a los métodos habituales de acción pastoral, espero que identifiéis también nuevos caminos y generéis nuevas oportunidades para facilitar el encuentro entre los hombres y el encuentro con el Señor que no abandona a nadie. Es necesario salir a las calles, plazas y rincones del mundo, para no volverse rígidos y mohosos, y como prueba de la propia fe gozosa y fecunda. Esta salida sólo puede ser eficaz si surge de la plenitud del amor a Dios y a la humanidad vivida en la vida contemplativa, en las relaciones fraternas de la comunidad y en el apoyo mutuo. Vida contemplativa y relaciones con la comunidad. ¡No abandonéis la vida contemplativa! Tenéis una rica tradición de vida contemplativa. Y esto para caminar juntos, experimentando la presencia del Señor en vosotros.
- ...Es necesario arraigarse constantemente en la oración y en la Palabra de Dios... es parte importante de vuestra tradición: retirarse para la oración y la contemplación, a veces durante unos meses, o a veces todos los días o parte del día. Sed fieles a la tarea de mantener vivo el precioso carisma de San Pablo de la Cruz, él anuncia el amor de Dios que se da en el Hijo para la salvación humana... Guiado por el Espíritu se vio inmerso en una experiencia espiritual que lo convirtió en uno de los místicos más famosos de su tiempo. Su intuición más original fue que la muerte de Jesús en la Cruz es la suprema manifestación del amor de Dios, el milagro de los milagros del amor divino. Vuestro Fundador estaba atormentado por la percepción de que la humanidad no es plenamente consciente de este amor: el amor de Dios no se conoce, no se aprecia, exclamaba.
- Con esta pertenencia carismática, los Pasionistas anuncian la presencia del Resucitado en el sufrimiento de nuestros días... la inmensidad y la devastación en la pobreza, en las guerras, en los gemidos de la creación, en los perversos dinamismos que producen

divisiones entre los pueblos y el descarte de los débiles. Que se haga todo lo posible para evitar que el dolor de nuestros hermanos quede sin sentido y se resuelva en un desperdicio de humanidad y desesperación. En las espirales de este dolor, Cristo pasó sufriendo, experimentando cada llaga, cada herida en el amor y ofreciendo significado al dolor ofrecido por amor (Francisco a los Capitulares, 25 de octubre 2024).



A 250 años de la muerte de San Pablo de la Cruz, su carisma continúa ardiendo como fuego vivo en el corazón de la Iglesia. No celebramos un aniversario más, sino una ocasión, sí de gratitud por el don del Espíritu y la respuesta nuestra, vividas a partir de la inspiración de Pablo de la Cruz, pero, ante todo, también es un momento oportuno de discernimiento, de significación del presente y de proyección de futuro de la vivencia de nuestro carisma. Estamos llamados a custodiar el fuego de la Pasión, no sus cenizas. Como había dicho el Papa Francisco: «La tradición es la garantía del futuro, no la custodia de las cenizas» (Discurso a la Curia Romana, 2014).

Este es un aniversario y un momento para actualizar, impulsados por el Espíritu, la fidelidad creativa al Don carismático recibido, lo cual, exige una lectura y una respuesta a los desafíos del momento presente y a los signos de los tiempos. Las nuevas circunstancias en las que vivimos, particularmente con la experiencia de la pandemia, la globalización, las guerras, los abusos de poder y la corrupción, la mala distribución de los bienes, las migraciones sociales, la violencia social, el deterioro ambiental, el desafío de la sociedad digital, la búsqueda de sentido en la vida, etc. nos ha mostrado las fragilidades de una configuración del mundo que se acaba mientras aparece otra, o que todavía no acaba de aparecer. Todo esto toca, a la vida de la Iglesia y de la Congregación y nos pide entrar en un nuevo diálogo con el mundo.

El Papa Francisco insistía en su rico magisterio, para las sociedades y para la Iglesia, en la necesidad de abrir las puertas, abrir procesos, abrir caminos nuevos en vez

de instalarnos en seguridades paralizantes. Estar dispuestos a seguir el cambio de época dejándose llevar por el Espíritu que nos lleva por sus caminos en la medida en que caminamos y discernimos nuestro caminar.

Temas importantes que nos salen al paso para trabajar esta relectura y actualización de nuestro carisma son, con seguridad: nuestra experiencia del misterio de Dios y la centralidad de la persona de Cristo Crucificado en nuestra vida; nuestras Comunidades Pasionistas como espacios de vida y lugares de intercambio de fe y relaciones humanas significativas; nuestra vida en el Espíritu desde la tradición pasionista; el anuncio de la Palabra de la Cruz y nuestra misión; nuestra participación sinodal con la Iglesia y la comunión y colaboración con sus miembros (pastores, laicos y diversas formas de vida consagrada); nuestros itinerarios formativos y nuestra capacitación integral como testigos del Evangelio para aprender de la vida durante toda la vida; nuestra presencia y misión en las periferias de las diversas pobrezas y el sufrimiento en el mundo (JPIC); nuestra presencia en los medios de comunicación; la internacionalidad e interculturalidad; la adecuación de nuestra organización y estructuras, etc.

La celebración del 250 aniversario de la Pascua de San Pablo de la Cruz no es meramente un punto de llegada, sino un nuevo punto de partida en el camino pasionista. Es ocasión para redescubrir la fuerza transformadora de la Pasión de Cristo entre nosotros, en la Iglesia y en toda la sociedad y renovar nuestra vida y misión. Hemos de dejarnos herir del amor de Cristo en las situaciones que hoy vive la humanidad y volvernos, como Pablo de la Cruz, testimonios ardientes y creíbles de su Misterio Pascual.

Somos herederos, continuadores y protagonistas del Carisma Congregacional; somos parte de aquellos que preveía Pablo de la Cruz, «en el futuro serán llamados a este rebaño de Jesucristo». Somos hombres o mujeres de la Pasión y de la Pascua, capaces de transformar el dolor en amor, la Cruz en esperanza y el mundo en lugar de redención y liberación. No nos cansamos de presentar el remedio más eficaz para exterminar los males del mundo: La memoria del Crucificado Resucitado. El espíritu de Pablo de la Cruz está vivo en nosotros y nos dice «¡ánimo!» El carisma se hace actual, sigue siendo signo de esperanza. Ánimo. El carisma se hace actual. ¡Adelante! Tengan fe y determinación. Que el fuego encendido por Pablo no venga nunca a menos, sino que continúe iluminando el camino de la Iglesia y de la humanidad.

P. Rafael Vivanco Pérez



SAN PABLO DE LA CRUZ, PEREGRINO DE ESPERANZA

REFLEXIÓN EN TORNO A LA PARTICIPACIÓN

DE NUESTRO FUNDADOR EN LOS AÑOS JUBILARES



Como hemos hecho en los números anteriores del Boletín Informativo de la Provincia de Cristo Rey (Núm. 53 - 55), presentamos la cuarta catequesis sobre el Año Jubilar de la Esperanza, convocado por el Santo Padre Francisco, titulada: «San Pablo de la Cruz, peregrino de esperanza. Reflexión en torno a la participación de nuestro fundador en los años jubilaes», escrita por el Coh. Daniel Ávila Fernández. Que sea de utilidad para vivir intensamente este Año Santo.

INTRODUCCIÓN

Cada veinticinco años la Iglesia abre un tiempo especial de gracia con la finalidad de ayudarnos a acercarnos con mayor intensidad a Dios, al cual, se le da el título de «año santo»; cada uno de estos, a lo largo de la historia se ha visto enmarcado por el contexto propio de cada época, y es de adivinarse que cada hombre y mujer creyente lo han vivido de forma distinta debido a su propia experiencia vital. Lo último puede verificarse desde la propia historia, pues cada uno puede preguntarse cuántos Jubileos ha vivido y cómo estos han impactado en su vida.

Pablo de la Cruz, como cualquier creyente, también participó de estas experiencias, las cuales, seguramente impactaron de forma diversa su caminar de fe y su vocación, y seguramente dejaron una impronta en el camino que fue trazando en la consolidación de esta familia religiosa.

Así, este artículo pretende hacer un breve recorrido por la vivencia del Fundador de los Pasionistas en los años jubilaes acontecidos durante su vida; sin pretender agotar el tema, sólo tiene el cometido de ayudar a quien lo lea a reflexionar sobre el impacto que dicho tiempo de gracia tiene en cada persona, iluminados por el ejemplo de Pablo de la Cruz e interpelados por el tema central del presente Año Santo, para rescatar la oportunidad de gracia que puede enriquecerle al vivir este Año Jubilar de la esperanza.

1700: SEMILLA DE ESPERANZA

Nacido en 1694, Pablo de la Cruz vivió su primer Año Jubilar con escasos seis años. Es de imaginarse, de acuerdo con su contexto familiar marcado por la pobreza y la itinerancia, que la familia Danei Massari no contara con los recursos económicos necesarios para emprender la acostumbrada peregrinación y cruzar la puerta santa; además, es de suponer que, debido a su corta edad, el pequeño Pablo ni siquiera alcanzara a comprender lo que tan importante acontecimiento representa para la vida eclesial.

Sin embargo, ante la escasez de los medios humanos, Dios no se deja vencer en generosidad, y en el corazón de aquel infante, va germinando la semilla que la gracia bautismal ha depositado en el alma del futuro santo. Los tesoros de la gracia que la Iglesia derrama sobre los fieles en el Año Jubilar alcanzan también para el futuro misionero; el perdón y la misericordia venidos de Dios se siembran por mediación de su buena madre, con la esperanza de que, en un futuro no muy lejano, sea él dispensador de tales gracias para sus hermanos.

En ese Año Santo, Pablo es una semilla de esperanza para la Iglesia, una semilla que el amor del Espíritu Santo se encargará de hacer crecer a la sombra del árbol de la Cruz del Hijo manifestada como la obra más grande del amor del Padre. Durante su adolescencia y los años de juventud, en medio de las diversas vicisitudes de la vida y del reconocimiento de sus propias fragilidades, Pablo se sentirá inmerso en dicho misterio de dolor y amor, y depositario del carisma de la memoria de la Pasión. Y en este crecimiento, la Iglesia lo estará acompañando por

medio de diversas personas que le irán manifestando la presencia cercana de Dios.

Pensar de esta manera a Pablo de la Cruz es una invitación a mirar con gratitud nuestro origen, nuestra historia y nuestra vocación como semillas de esperanza que han sido para la Iglesia y para la humanidad; y al mismo tiempo, es una llamada al compromiso con las semillas que Dios nos ha confiado a cada uno como don: niños, jóvenes y vocaciones que germinan en las distintas comunidades y que son la esperanza de nuestro futuro.

1725: ENCUENTRO DE ESPERANZA

Tras el largo proceso de discernimiento sobre su vocación, la experiencia fundante de Castellazzo y las primeras experiencias de vida comunitaria, Pablo y su hermano Juan Bautista caminan a Roma por dos motivos: ganar la indulgencia del Año Jubilar y tener una entrevista con Benedicto XIII. Dicho peregrinar es el resultado de la invitación de Monseñor Giacomo Cavalieri, Obispo de Troia, para buscar la fundación de esta Congregación. Una vez llegados a Roma, en marzo de aquel año, y tras conseguir su primer objetivo, se dan a la tarea de lograr el segundo; mientras la oportunidad llega, ambos prestan su servicio en el hospital de San Gallicano para la atención de infecciosos, en coordinación con el Cardenal Marcellino Corradini.

Dios da respuesta a sus súplicas, pues cuando el Papa visita la Iglesia de Santa María de la «Navicella», donde, después de exponerle el proyecto de fundación, reciben de viva voz del Vicario de Cristo la aprobación para realizar tan anhelado sueño. Aun cuando dicha aprobación no implica la validez canónica que se necesita para concretar la fundación, significa para los hermanos Danei la aprobación de Dios a su labor, la cual emprenderán con esperanza y no abandonarán hasta terminarla.¹

Tras la entrevista en la «Navicella», aquel par de peregrinos vuelven a Gaeta donde intentan constituir una comunidad sin obtener el éxito deseado; ante tal situación, vuelven a Roma para prestar nuevamente sus servicios en el hospital de San Gallicano, pues qué mejor homenaje a Dios que servirle en los miembros doloridos del cuerpo místico de Cristo.² Ahí continuarán esperando la voluntad de Dios que los llevará a la Ordenación Sacerdotal y posteriormente a la aprobación de la fundación.

El encuentro con Benedicto XIII ocurrido en este Año Jubilar, será para Pablo una ocasión para reanimar su esperanza. Y será uno de los tantos encuentros que tendrá durante toda su vida, pues sabemos que se suscitaron

innumerables encuentros con diversas personas que le tenderán la mano para llevar adelante su misión, y él se convertirá también en un faro de esperanza, con sus palabras, su dirección y su profunda fe, para aquellos que sufren en medio de las dificultades de la vida.

Como nuestro Padre, podríamos pensar en aquellos encuentros que nos han llenado de esperanza a lo largo de nuestra vida y vocación, en nuestra vida comunitaria y en nuestros apostolados; pero también en aquellos a quienes hemos dado testimonio en medio de tantas situaciones dolorosas de la vida; pero aún más, pensemos cómo queremos continuar nuestro peregrinar de esperanza propiciando encuentros que hagan de este camino motivo de júbilo para todos los creyentes.



1750: MISIONERO DE ESPERANZA

Tras la aprobación de la Regla y Constituciones por Benedicto XIV en 1741, Pablo de la Cruz y los primeros Pasionistas retoman con nuevo ímpetu la tarea de establecerse en aquellos espacios a donde Dios los envía. Para 1750, ya se habían establecido en cinco Retiros a lo largo de Italia: La Presentación en Monte Argentario, Santo Ángel en Vetralla, San Eutiquio en Viterbo, Santa María de Corniano en Ceccano y Nuestra Señora del Cerro

en Toscanella; y se encontraban preparando el establecimiento de dos más: San Sosio en Falvaterra y Madre Dolorosa en Terracina.

Todos estos espacios habían sido levantados gracias a la bendición de Dios que obraba mediante el celo apostólico de los primeros misioneros de la Pasión, pues los habitantes de muchos pueblos en donde se habían predicado misiones solicitaron el establecimiento de aquellos hermanos en sus territorios para beneficiarse de su presencia devota.

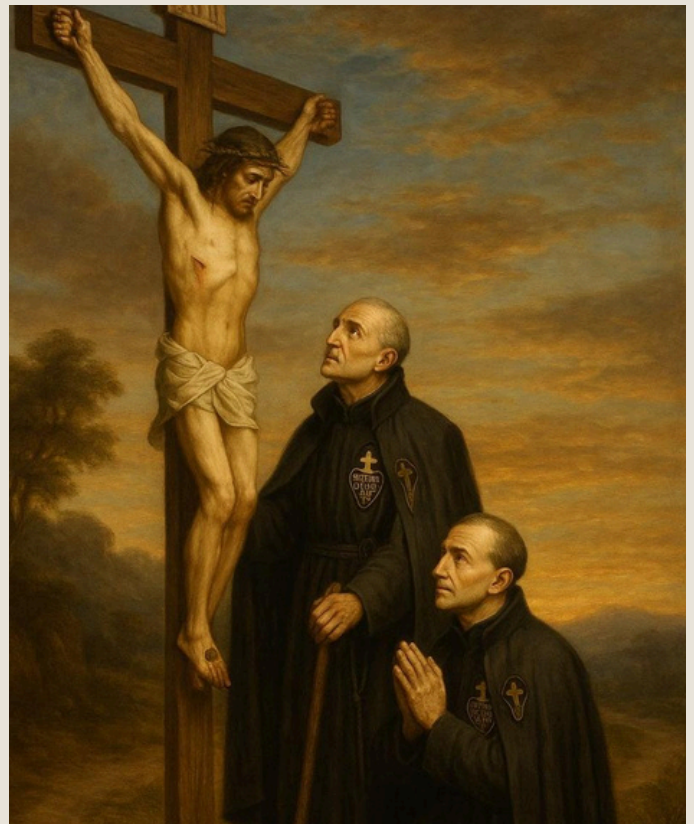
Sin embargo, no todo resultó fácil, pues la presencia de estos nuevos religiosos provocó la desconfianza y el recelo de algunas comunidades mendicantes que sintieron amenazada la estabilidad obtenida durante su estancia en aquellas poblaciones; lo que ocasionó un retraso en el avance de la Congregación. Por diversos flancos llegaban los ataques a la naciente comunidad: en el aspecto moral, se desprestigió el fervor, la devoción y el buen nombre de los hermanos por medio de una serie de rumores y calumnias que se dispersaron entre la gente con la finalidad de provocar el repudio de la feligresía hacia los Pasionistas; por otro lado, para frenar el establecimiento de las comunidades se retrasaban las obras, sea por la demora en la adquisición de materiales, o bien, por la destrucción del avance de las obras de construcción o adaptación de las casas; finalmente, el ataque jurídico que llevó a juicio a los Pasionistas para limitar su progreso, al grado de crearse una comisión en Roma para analizar su situación.³

A pesar de todo esto, en medio de la tempestad, Dios no abandona a Pablo y se mantiene fiel a sus promesas, pues para el Jubileo del Año Santo de 1750, es invitado a predicar en la Iglesia de San Juan de los Florentinos en Roma. Este acontecimiento representa un rayo de luz en la vida de Pablo, pues aquel pobre misionero que, treinta años atrás había sido rechazado por su aspecto penitente, ahora es recibido entre el júbilo y la admiración de los fieles y pastores; aquel predicador que anduvo por los difíciles caminos de las marismas y los pueblos más pobres y abandonados, enamorado de la pobreza, ahora sube a los alfombrados púlpitos en el corazón del cristianismo; aquel Padre que tanto sufría al ver amenazada la supervivencia de su familia religiosa, ahora abría su corazón para mostrar las riquezas del carisma que Dios le había confiado y daba muestra de su labor renovadora, predicando sólo a unas calles de donde se discutía el futuro de esta obra.⁴

Aquel misionero que tantas dificultades enfrentó desde el inicio de su camino fundacional veía ahora una muestra más de la bondad de Dios que no defrauda a quien

deposita en Él toda su esperanza. Aún faltará para Pablo un vasto camino por recorrer, pero en el fondo, su espíritu se llena de júbilo en la dulce esperanza de que, de modo misterioso e incomprensible, Dios siempre llevará a cabo su obra.

Con su testimonio, el morador del Calvario nos invita a permanecer firmes en nuestra misión, manteniendo viva la esperanza de que, a pesar de la tormenta, Dios siempre nos llevará por buen camino. En este Año Santo seguramente podemos mirar a nuestro alrededor y percatarnos de las muchas dificultades que enfrentamos a nivel social, económico, eclesial, congregacional, provincial, comunitario y personal; ámbitos que necesitan que no nos acobardemos, sino que, por el contrario, como misioneros de esperanza, valientemente enfrentemos y prediquemos en ellos el amor de Dios manifestado en la Pasión de Cristo, con la esperanza de que, ni el mal ni la muerte tienen la última palabra, sino solamente el amor de Dios.



1775: TESTIGO DE ESPERANZA

Después de una vida y un intenso ministerio dedicado a la causa del Evangelio, y de una existencia enteramente ofrendada a la Divina voluntad, Pablo de la Cruz muere santamente en su habitación de la casa de los Santos Juan y Pablo, en Roma, el 8 de octubre de 1775, a las cuatro

cuarenta y cinco de la tarde, en medio de una serie de visiones y acontecimientos que ponen en evidencia la altura de aquel hombre llamado a participar en la gloria de Dios.

Al momento de su muerte, el Fundador había logrado, con su fe y esfuerzo, la aprobación y el establecimiento de la Congregación en la Iglesia, el reconocimiento de la Regla y sus Constituciones, la presencia de sus ciento setenta hijos en doce conventos, así como la fundación de un convento de clausura con once religiosas que, día y noche, hacían memoria de la Pasión del Señor.⁵

Su vida fecunda concluye en el marco del Año Santo de 1750. Como los peregrinos que abarrotaban las calles, plazas e Iglesias de la ciudad eterna, Pablo emprende su último peregrinar, en esta ocasión, hacia el encuentro definitivo con Dios. Las multitudes presentes en Roma para la celebración del Jubileo convierten la Basílica de los Santos Juan y Pablo en una nueva meta de peregrinación: no para cruzar una puerta santa y obtener una indulgencia sino para venerar los restos de aquel santo anciano y recibir su bendición. Los testimonios expresan la vivacidad de aquel acontecimiento, donde se dieron cita desde los más pobres hasta los más ricos, fieles y eclesiásticos, santos y pecadores, volcados todos para guardar en el corazón un recuerdo de tan santa vida.

La muerte de nuestro santo fundador no es, para nosotros, los Pasionistas, un acontecimiento doloroso, sino un momento de viva fe; así lo atestigua el testamento espiritual qué nos legó y que meditamos año con año al celebrar su tránsito; sus palabras reflejan la esperanza con la que vivió en su caminar y que confía será el sendero qué continúen sus hijos; su plegaria llena de confianza pone de manifiesto ese último rayo de esperanza en el Dios de las promesas, al qué confía a sus hermanos y el desarrollo de su obra.

A doscientos cincuenta años de aquella tarde gloriosa en que nuestro Padre pasó de este mundo a la Patria eterna, es necesario que también nosotros nos cuestionemos sobre el encuentro definitivo con Dios, pues ahora que vivimos este Año Santo se nos presenta la perspectiva de que también sea el último. Este tiempo de gracia es una buena oportunidad para confiar en la misericordia de Dios y abrazar con determinación nuestro proceso de conversión en miras a presentarnos, lo menos indignos, ante el Creador y, a semejanza de Pablo de la Cruz, con las manos rebosantes de buenas obras en favor de nuestros hermanos.

CONCLUSIÓN

A lo largo de su vida fecunda, Pablo de la Cruz tuvo la oportunidad de vivir cuatro años jubilares de acuerdo al propio contexto vital. En esta experiencia de sabernos peregrinos de esperanza marcados por el carisma Pasionista no podemos dejar pasar este año de gracia sin tomarlo como una oportunidad de releer nuestro propio camino, saldar nuestras cuentas, perdonar las deudas con el pasado, resignificar y ajustar nuestro presente para emprender la labor del futuro guiados por la figura de quien nos enseñó a hacer y ser memoria viva de la Pasión de Jesucristo.

Coh. Daniel Ávila Fernandez



REFERENCIAS

1. Cfr. Giorgini, Fabiano, La Congregación de la Pasión de Jesucristo. Visión histórica de la espiritualidad, la organización y el desarrollo, Curia General de los Pasionistas, Roma, 2006, p. 17.
2. Piélagos, Fernando, Testigo de la Pasión. San Pablo de la Cruz (Bac Popular, 5), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1977, p. 45.
3. Cfr. Piélagos, Op. Cit., p. 91-94.
4. Cfr. Piélagos, Op. Cit., p. 96.
5. Cfr. García Macho, Pablo, San Pablo de la Cruz, EDICEP, Valencia, 2006, p. 120.



MAGISTERIO Y TESTIMONIO DE FRANCISCO

Y LO QUE SABEMOS DE LEÓN XIV:

CONTINUIDAD, MATICES Y RETOS PENDIENTES ¹



FRANCISCO

El miércoles 13 de marzo marcó un punto de inflexión en la historia reciente de la Iglesia católica. La renuncia de Benedicto XVI dejaba en el Vaticano un estado de incertidumbre y expectativa. Los cardenales electores, reunidos en la Capilla Sixtina deliberaron en medio de una atmósfera de crisis institucional, escándalos de abusos y una creciente percepción de desconexión entre la jerarquía eclesiástica y los fieles. Se dio así la elección de Bergoglio, el primer Pontífice latinoamericano y Jesuita, que simbolizó una apertura hacia nuevas perspectivas.

Francisco se formó en la Iglesia latinoamericana en constante cambio; cuando tomó posesión, el catolicismo latinoamericano se encontraba en una encrucijada. América Latina albergaba la mayor población católica del planeta, pero enfrentaba una rápida expansión de iglesias evangélicas y pentecostales, así como un creciente desencanto entre los jóvenes y los sectores populares. En el ámbito mundial, la Iglesia lidiaba con una disminución de fieles en Europa, el avance de la secularización y la erosión de su influencia social y política. La percepción de una Iglesia anclada en estructuras rígidas y poco receptiva a los desafíos contemporáneos se intensificó, exacerbada por casos de corrupción interna y la falta de respuestas claras ante los problemas sociales y éticos emergentes.

Francisco estuvo al frente de la Iglesia Católica durante casi 13 años, se enfrentó a diversos retos dentro y fuera de la misma Iglesia. La institución se encontraba sacudida

por los escándalos de abuso sexuales, al mismo tiempo que la Curia Romana era percibida, como un aparato burocrático ineficaz y opaco, necesitado de reformas profundas para recuperar la confianza de los fieles y adaptarse a los tiempos modernos. La creciente desigualdad social, la migración masiva, el deterioro ambiental y la exigencia de mayor transparencia y justicia dentro de la Iglesia formaban parte de los desafíos ineludibles. Frente a este panorama, su elección representó una esperanza de renovación y cercanía, tanto para los católicos como para la sociedad global. En este contexto, alejado de la Curia Romana y entendiendo la situación de América Latina, inició su Pontificado.

Su papado, significó un giro notable, de claro signo pastoral. Colocó en el centro de su ministerio el actuar de una iglesia misionera, cercana, misericordiosa y empática a las diferentes realidades. Buscó una Iglesia que sale al encuentro de los excluidos y descartados en las periferias, tanto geográficas como existenciales. Dio importancia a aspectos como la ecología, migración, transparencia financiera, lucha contra abusos, diálogo con otras religiones -principalmente con el islam-, etc.

PRIMERAS REFORMAS Y PRIORIDADES DE SU PONTIFICADO

Las primeras acciones tras su elección reflejaron una orientación inmediata hacia la reforma y la recuperación de la confianza perdida. Francisco enfocó sus primeros esfuerzos en responder al clamor por transparencia, sencillez y eficacia. Para lograrlo creó el llamado «Consejo de Cardenales», un grupo consultivo internacional con la finalidad de reestructurar los dicasterios y organismos vaticanos. Además, promovió la creación de nuevas instancias dedicadas a diversos temas como comunicación y desarrollo humano integral.

En el marco de la transparencia financiera, Francisco se caracterizó por combatir la opacidad y escándalos económicos, exigió controles más rigurosos a las actividades del Instituto para las Obras de Religión, conocido como el «Banco Vaticano» y se fortalecieron mecanismos de supervisión interna. La creación de la Secretaría para la Economía, dotada de amplios poderes de fiscalización, representó un paso decisivo en el proceso

de modernización financiera. Estas reformas buscaron no sólo la eficiencia administrativa, sino también restaurar la confianza de los fieles y de la comunidad internacional en la gestión de los bienes eclesiásticos.

El combate contra la pederastia y los escándalos eclesiales constituyó otro eje fundamental de las primeras reformas de Francisco. El Papa estableció nuevas instancias para la atención y el acompañamiento de las víctimas, así como protocolos más estrictos para la investigación y sanción de los abusos. Se promovió la tolerancia cero frente a cualquier caso de encubrimiento, instando a los obispos y superiores religiosos a colaborar plenamente con la justicia civil. Francisco convocó encuentros internacionales sobre la protección de menores, impulsando una cultura de prevención y reparación. Estas acciones buscaron no sólo la reparación del daño causando, sino también la construcción de una Iglesia más segura y creíble para las nuevas generaciones.

En el ámbito doctrinal, el papado de Francisco se apoyó en una serie de documentos fundamentales que marcaron la dirección pastoral y teológica de su Pontificado. La Exhortación Apostólica «*Evangelii Gaudium*» delineó la visión de Iglesia misionera, enfocada en la cercanía a los pobres y marginados. Encíclicas como «*Laudato sí*» y «*Fratelli Tutti*», abordaron temas como el cuidado de la creación, la justicia social y la fraternidad universal, dando respuestas a los desafíos del siglo XXI. Estos textos sirvieron de hoja de ruta para orientar la renovación eclesial y fomentar el diálogo con la sociedad global. Así, las primeras reformas y prioridades de Francisco consolidaron una agenda de cambio, guiada por la transparencia, la justicia y la apertura a la realidad.

En cuanto al cambio en el lenguaje y el estilo pastoral, Francisco imprimió un tono nuevo y cercano al ejercicio de su ministerio. Su comunicación se caracterizó por la sencillez y la empatía, alejándose de los discursos formales y abstractos que a menudo habían marcado la relación de la jerarquía con los fieles.

Algunos temas fundamentales de su Pontificado: Iglesia para las periferias, diálogo interreligioso, crisis ecológica, crisis migratoria, paz, justicia social y solidaridad.

Los desafíos más apremiantes para la Iglesia católica no residían sólo en sus estructuras internas, sino en entender el contexto y en la capacidad de responder a las necesidades del mundo. Uno de los principales retos fue atender a quienes históricamente habían quedado al margen del proyecto eclesial. Francisco impulsó una Iglesia en salida que buscaba encontrarse con excluidos, pobres, migrantes y aquellos que sufrían por la

desigualdad y la indiferencia. Las periferias, en el pensamiento de Francisco, se convirtieron en el lugar privilegiado para la renovación y la autenticidad de la fe.

Su liderazgo se destacó por promover una espiritualidad encarnada en la vida cotidiana y por reconocer la riqueza de la religiosidad popular como fuente de esperanza y resistencia. Bajo su guía, la Iglesia reforzó su presencia en barrios marginales, hospitales, cárceles y zonas rurales, respaldando iniciativas que buscaban dignificar la vida y defender los derechos humanos. El catolicismo social se manifestó en la denuncia de las estructuras injustas y en la promoción de una economía orientada al bien común.

El Papa alentó a los fieles y a las instituciones eclesiales a involucrarse en obras de misericordia y en proyectos de desarrollo humano integral, recordando que la fe debía traducirse en acciones a favor de los desfavorecidos.

La palabra «misericordia» se volvió central, y su insistencia en la ternura y la acogida marcó una diferencia con enfoques anteriores. El Papa empleó gestos simbólicos, como lavar los pies a reclusos o visitar asentamientos informales, que transmitieron un mensaje de humildad y fraternidad. Además, su estilo abierto al diálogo permitió que la Iglesia se mostrara más receptiva a las inquietudes del mundo contemporáneo, especialmente de quienes se han sentido excluidos. Francisco alentó a los pastores a adoptar una actitud de escucha y acompañamiento, subrayando que la Iglesia debe ser «hospital de campaña» y refugio para los heridos de la vida.

Este giro pastoral, no sólo redefinió la misión eclesial en el siglo XXI, sino que también ofreció un horizonte de esperanza y compromiso para quienes buscaban en la fe un camino de justicia, dignidad y fraternidad.

En el papado de Francisco, el diálogo interreligioso se consolidó como uno de los ejes distintivos de su misión, especialmente en la relación con el Islam. Francisco comprendió que, ante un mundo marcado por la fragmentación y el conflicto religioso, la construcción de puentes con otras tradiciones era esencial para la paz y la convivencia. Su papado se caracterizó por los gestos concretos y encuentros significativos, como su visita a la península arábiga y la firma del documento sobre la fraternidad humana en Abu Dhabi, junto al Gran Imán Al-Azhar. Estos actos simbolizaron una voluntad inédita de acercamiento y cooperación, donde el respeto mutuo y la búsqueda de un lenguaje común sobre la dignidad humana y la justicia social ocuparon el centro del diálogo.

El diálogo interreligioso no se limitó a declaraciones de buena voluntad; se tradujo en colaboraciones para la

defensa de los derechos de los migrantes, la denuncia de la violencia sectaria y la promoción de la cultura del encuentro. Así, el Vaticano promovió iniciativas conjuntas con comunidades musulmanas para combatir la intolerancia, la islamofobia y el rechazo al diferente, consolidando una agenda de respeto recíproco y acción compartida ante desafíos globales.

La emergencia ecológica en el Pontificado de Francisco cobró especial relevancia por la publicación de la encíclica «Laudato sí», cuyo impacto trascendió el ámbito eclesial y se proyectó sobre la conciencia mundial. En este documento, Francisco articuló una crítica al paradigma tecnocrático y a los modelos económicos que perpetúan la explotación de los recursos y la exclusión de los más vulnerables. La encíclica invitó a una conversión ecológica integral, apelando a la responsabilidad individual y a la acción colectiva de gobiernos, empresas y comunidades. Su publicación movilizó a la Iglesia y a numerosos actores sociales en campañas por la justicia ambiental, el acceso al agua potable y la defensa de los pueblos originarios. La emergencia ecológica, bajo su mirada, dejó de ser un asunto secundario para convertirse en el núcleo de una ética global de la solidaridad y el cuidado, interpelando a creyentes y no creyentes por igual.

En cuanto a la crisis migratoria, el Pontificado de Francisco se distinguió por su sensibilidad y compromiso constante con los desplazados y refugiados. El Papa asumió la migración no sólo como un fenómeno social, sino como un desafío moral para la humanidad y la Iglesia. El tema migratorio fue fundamental desde el inicio de su Pontificado, lo marcó así cuando eligió la isla de Lampedusa como destino de una de sus primeras visitas, donde condenó la globalización de la indiferencia ante las tragedias humanas en el Mediterráneo. La acogida y protección de los migrantes se tradujo en llamados reiterados a la solidaridad internacional, la denuncia de políticas excluyentes y la exigencia de garantizar derechos básicos a quienes huían de la violencia y la pobreza.

La promoción de la paz y la justicia social constituyó un eje central de su magisterio y acción pública. El Papa asumió un rol activo en la mediación de conflictos internacionales, mostrándose como un referente moral en escenarios marcados por la violencia y la polarización. Su postura ante las guerras se caracterizó por la condena constante de toda forma de violencia, el rechazo al armamentismo y el llamado a la solución pacífica de las disputas.

Convocó a Jornadas de oración por la paz, especialmente en momentos críticos, como la guerra en Siria o las tensiones en Medio Oriente, e instó a los líderes políticos y religiosos, a anteponer el diálogo y la reconciliación sobre

los intereses particulares. En la diplomacia vaticana, el Papa favoreció espacios de entendimiento entre naciones enemistadas, alentando iniciativas multilaterales y la construcción de puentes en contextos de ruptura.

En relación con la justicia social, el papado de Francisco se distinguió por la publicación de la encíclica «Fratelli Tutti», un documento de profundo alcance pastoral y social que abordó grandes retos de la humanidad contemporánea. En la encíclica, Francisco analizó los mecanismos de injusticia que perpetúan la pobreza, el racismo y las desigualdades, y subrayó la necesidad de transformar las estructuras económicas y políticas desde una ética solidaria. El Papa invitó a abandonar la indiferencia y a comprometerse en la construcción de sociedades más justas, donde la dignidad de cada persona se reconociera y promoviera. El impacto de la encíclica trascendió el ámbito católico, movilizando a organizaciones sociales, líderes de distintas religiones y actores políticos a repensar el sentido de comunidad y responsabilidad compartida.

En este contexto, la participación laical cobró una importancia renovada: Francisco alentó a los laicos a asumir roles protagónicos tanto en la vida eclesial como en la transformación social, reconociendo que la misión de la Iglesia requería el compromiso de todos sus miembros, más allá de la jerarquía.

En cuanto al impulso de la sinodalidad, Francisco promovió una profunda renovación en la manera de comprender y ejercer la autoridad y la toma de decisiones dentro de la Iglesia. La sinodalidad se definió como un proceso de escucha, discernimiento y participación conjunta, donde obispos, sacerdotes, religiosos y laicos compartieron la responsabilidad de orientar la misión eclesial. El Papa convocó a la realización de sínodos temáticos y continentales, alentando el diálogo abierto y la inclusión de voces tradicionalmente marginadas en los procesos deliberativos. La sinodalidad fue concebida, no sólo como un evento puntual, sino como un estilo permanente de vida eclesial, que buscó superar los modelos verticalistas y promover una cultura de corresponsabilidad y comunión.

Francisco supo capitalizar la pluralidad alentando procesos de consulta y sinodalidad que permitieron escuchar las distintas voces. Casos emblemáticos, como el Sínodo para la Amazonia, reflejaron la voluntad de integrar la experiencia de comunidades indígenas y rurales en la toma de decisiones eclesiales, reafirmando la visión de una Iglesia con rostro latinoamericano y plural.

Entre sus objetivos principales destacó la necesidad de adaptar la Iglesia a los signos de los tiempos,

fortaleciendo la unidad en la diversidad y fomentando la creatividad pastoral en respuesta a desafíos locales y globales. En su visión, la sinodalidad representó el camino hacia una Iglesia más participativa, transparente y en permanente conversión, capaz de responder con audacia a las exigencias del mundo contemporáneo.

LUCHA CONTRA EL CLERICALISMO, PAPEL DE LA MUJER Y CENTRALIDAD DE LA VIDA RELIGIOSA

En el contexto del papado de Francisco, la lucha contra el clericalismo y los abusos fue uno de los ejes más notorios de su Pontificado. Impulsó un cambio de mentalidad, exhortando a los ministros ordenados a adoptar una actitud de servicio y humildad, y a renunciar a toda forma de autorreferencialidad. En la práctica, promovió medidas concretas para transparentar los procesos internos y fortalecer los mecanismos de control, así como para proteger a las víctimas y sancionar a los responsables.

En paralelo, el papado de Francisco abrió la puerta a una mayor valoración y protagonismo de la mujer en la vida eclesial. Si bien la estructura jerárquica permaneció inalterada en sus líneas fundamentales, el Pontífice reconoció la necesidad de ampliar los espacios de participación y responsabilidad femenina. Francisco alentó la inclusión de mujeres en organismos vaticanos y en procesos de consulta, y respaldó su presencia en órganos de decisión pastoral y en el ámbito de la comunicación y el desarrollo humano integral. Esta apertura se expresó, tanto en recomendaciones magisteriales como en gestos concretos, al confiarles tareas de liderazgo en áreas tradicionalmente reservadas al clero. El reconocimiento del aporte específico de la mujer, especialmente en la transmisión de la fe y en la acción social, contribuyó a enriquecer la vida eclesial y a visibilizar su papel insustituible en la misión de la Iglesia.

El reconocimiento y la centralidad de la vida religiosa constituyeron un aspecto relevante en el horizonte pastoral de Francisco. El Papa subrayó el valor de la vida consagrada como signo profético en medio de una sociedad marcada por el individualismo y la indiferencia. Animó a las comunidades religiosas a renovar su vocación de servicio, a fortalecer su compromiso con los pobres y a ser presencia viva en las periferias existenciales. La vida religiosa fue presentada como fuente de renovación espiritual y motor de iniciativas solidarias, capaz de inspirar a la Iglesia en su conjunto a caminar hacia una mayor coherencia evangélica y un testimonio más creíble.

En síntesis, el papado de Francisco se caracterizó por su esfuerzo para erradicar el clericalismo, afrontar los abusos con transparencia, avanzar en el reconocimiento del

papel de la mujer y poner en el centro la riqueza de la vida religiosa. Estas líneas buscaron consolidar una Iglesia más cercana, participativa y comprometida con los valores del Evangelio, capaz de responder a los desafíos de la época.

FRANCISCO Y LA IGLESIA LATINOAMERICANA

En el contexto del papado de Francisco, la influencia de la teología y la pastoral latinoamericana, resultó decisiva para el desarrollo de su agenda eclesial y su estilo de liderazgo. El Pontífice asumió el legado de la Conferencia de Medellín (1968) y de Aparecida (2007), eventos que habían articulado una identidad católica, marcada por el compromiso con la justicia social.

Su magisterio incorporó elementos característicos de la espiritualidad latinoamericana, como la centralidad de la religiosidad popular, la valoración de las culturas originarias y afrodescendientes, y la insistencia en una fe encarnada en el tejido social.

La convivencia de visiones, conservadores y progresistas, se manifestó en el debate sobre la liturgia, la moral y la participación laical. El Pontífice tuvo que navegar entre episcopados influenciados por posturas tradicionalistas y sectores que reclamaban mayor apertura y compromiso con los derechos humanos. Esta diversidad se tradujo en desafíos para la aplicación uniforme de las orientaciones papales, dado que las realidades nacionales presentaban contrastes marcados: mientras en algunos países, la Iglesia mantenía una fuerte incidencia pública, en otros enfrentaba la secularización acelerada y la competencia de nuevos movimientos religiosos.

En cuanto a la recepción del Concilio Vaticano II en clave latinoamericana, el Pontificado de Francisco consolidó la interpretación de sus documentos a la luz de los desafíos del continente. En la práctica, esto significó la puesta en valor de una Iglesia «Pueblo de Dios», participativa y comprometida con la historia. Francisco rescató la noción de colegialidad, impulsando la corresponsabilidad entre obispos y laicos, y fomentó el diálogo ecuménico e interreligioso desde una perspectiva situada. El impulso renovador de Francisco revitalizó la recepción de las enseñanzas conciliares, evidenciando que el horizonte propuesto por el Vaticano II no era un ideal abstracto, sino una tarea para la construcción de una Iglesia al servicio

En suma, el impacto de la teología y la pastoral latinoamericana en el Pontificado de Francisco se manifestó en una Iglesia orientada a la transformación social y al acompañamiento de las periferias. Este enfoque contribuyó a una renovación profunda del catolicismo global, mostrando que la experiencia latinoamericana

podía ofrecer caminos de esperanza y justicia en el escenario mundial.

BALANCE, LEGADO Y FUTURO DE LA IGLESIA TRAS FRANCISCO

El balance de su gestión dejó una huella indeleble en la Iglesia católica y en su proyección global. Al repasar los años de su Pontificado, resulta evidente que las reformas impulsadas transformaron tanto la imagen pública de la institución como su funcionamiento interno. La elección de Francisco había surgido como respuesta a una crisis multidimensional, y su liderazgo se distinguió por una respuesta decidida a favor de la transparencia, la descentralización y la apertura al diálogo. La reforma de la Curia, aunque no concluyó de manera absoluta, sentó las bases para una gobernanza más colegiada y menos burocrática, incorporando la voz de distintas culturas y realidades eclesiales. Las medidas de control financiero y la creación de organismos de fiscalización, representaron un avance concreto en la lucha contra la opacidad y los escándalos económicos, mientras que la implementación de auditorías externas y la publicación de balances marcaron un giro hacia la rendición de cuentas. En el ámbito de la pederastia y los abusos, Francisco estableció protocolos escritos y promovió instancias de acompañamiento a las víctimas, logrando avances innegables en la prevención y sanción, aun cuando persistieron críticas sobre la lentitud y la resistencia en algunos sectores eclesiásticos.

El legado de Francisco también se manifestó en el cambio de estilo pastoral y en la centralidad otorgada a las periferias. Su énfasis en una iglesia «en salida», volcada hacia los marginados y los descartados, resituó la misión eclesial en el corazón de los desafíos contemporáneos. Encíclicas como «Laudato sí» y «Fratelli Tutti» redefinieron la agenda pública de la Iglesia, dotándola de un perfil comprometido con la justicia ambiental y la fraternidad universal. La promoción de la sinodalidad, entendida como proceso de escucha y participación conjunta, revitalizó la corresponsabilidad entre pastores y laicos, y abrió espacios para la inclusión de voces tradicionalmente invisibilizadas. El impulso al diálogo interreligioso, la defensa de los migrantes y la consolidación de una ética del cuidado fueron ejemplos concretos de un liderazgo que buscó articular la tradición con la innovación. En el terreno de la vida interna, la apertura a la participación de la mujer y la revalorización de la vida consagrada permitieron ampliar la pluralidad de carismas y talentos al servicio de la misión común.

No obstante, el balance del papado de Francisco estuvo marcado por contradicciones y desafíos pendientes que

matizaron el alcance de las reformas. Si bien la voluntad de cambio fue explícita y sostenida, las inercias estructurales y las resistencias internas limitaron la instrumentación plena de algunas medidas. La reforma de la Curia avanzó de manera gradual y encontró obstáculos en la cultura institucional, lo que evidenció la dificultad de transformar hábitos y estructuras arraigadas. Asimismo, la apuesta por la sinodalidad enfrentó tensiones entre visiones conservadoras y progresistas dentro de la Iglesia, especialmente en regiones donde la diversidad teológica y cultural generó debates intensos sobre la aplicación de las orientaciones papales.

De cara al futuro, el legado de Francisco planteó interrogantes y retos para la continuidad de su estilo y de las reformas iniciadas. La capacidad de la Iglesia para consolidar una cultura de participación y transparencia dependería de la voluntad de sus sucesores y de la maduración de los procesos sinodales impulsados. El desafío de mantener la cercanía con las periferias, la defensa activa de los derechos de los migrantes y la promoción de una ecología integral requeriría no sólo documentos, sino una institucionalidad capaz de sostener el compromiso en el tiempo. La tensión entre tradición y renovación, visible en los debates sobre moral, liturgia y gobierno, seguiría marcando la vida eclesial, exigiendo discernimiento y creatividad pastoral. En el plano personal, el Pontificado de Francisco reflejó la tenacidad de un líder que, desde la sencillez y la cercanía, procuró devolver a la Iglesia credibilidad y relevancia. Su apuesta por una Iglesia humilde, solidaria y abierta al diálogo dejó una marca profunda en el imaginario católico y en la sociedad global. El futuro de la Iglesia tras Francisco dependería, en última instancia, de la capacidad para asumir y profundizar el horizonte de reformas planteado, manteniendo viva la tensión entre fidelidad al Evangelio y respuesta audaz a los desafíos del siglo XXI.

LEÓN XIV

El 8 de mayo de 2025, Robert Prevost fue elegido Papa tomando el nombre de León XIV. Su elección representa en primera instancia, una línea de continuidad con el Pontificado de Francisco en varios aspectos. Tanto en su labor previa en Perú como en la Curia, destaca su énfasis en cuestiones sociales como la defensa de la dignidad de los migrantes, la protección del medio ambiente y la denuncia de los conflictos bélicos, asuntos que también ocuparon un lugar central durante el papado anterior.

Como miembro de la Orden de San Agustín, León XIV refuerza la tendencia, iniciada por Francisco, de fortalecer el papel de las órdenes religiosas, reconfigurando así la función de los institutos eclesiales. En el ámbito

institucional, su formación en derecho canónico y su activa participación en el Sínodo de la Sinodalidad le otorgan una posición relevante para dar continuidad a los procesos eclesiales impulsados por Francisco.

León XIV eligió su nombre en referencia a la famosa encíclica de León XIII, «*Rerum Novarum*», que abordó la cuestión social en el marco de la primera gran revolución industrial. Hoy, la Iglesia renueva su enseñanza social en respuesta a una nueva revolución industrial y a un mundo en transformación. Al igual que León XIII, que vivió una época de profundos cambios sociales y defendió la dignidad, la justicia y el trabajo, León XIV muestra que la Iglesia se enfrentará a los desafíos actuales defendiendo la dignidad humana, de los trabajadores y del trabajo.

En los primeros meses de su Pontificado, León XIV se ha caracterizado por su llamado a la unidad, la paz y la misericordia. En cuanto a su apariencia, introdujo algunos cambios respecto a Francisco, que pueden interpretarse como simbólicos y orientados hacia una imagen más conservadora. Sin embargo, sus acciones y discursos han desmentido esta impresión inicial, disipando el entusiasmo de los sectores católicos más conservadores.

Respecto a cuestiones como las bendiciones a parejas del mismo sexo y el diaconado femenino, persisten tensiones entre la tradición doctrinal y las demandas de inclusión. En estos temas, Prevost ha privilegiado la sinodalidad y el protagonismo de las iglesias locales y de las conferencias episcopales nacionales -en particular las africanas- por encima de reformas doctrinales más amplias.

En julio pasado, León XIV retomó la tradición de acudir a Castel Gandolfo -un retiro veraniego a 25 kilómetros de Roma-, donde recibió al presidente ucraniano Zelenski. Este acto reafirmó su compromiso con la paz mundial y su disposición a trabajar por ella. Desde ese lugar también publicó un mensaje en el que pidió una regulación global y ética de la inteligencia artificial, tema que parece perfilarse como central en su Pontificado.

Durante su estancia en Castel Gandolfo, dedicó tiempo a preparar su primera encíclica, que se prevé abordará temas como la paz, la doctrina social, la unidad y la inteligencia artificial, conceptos que ha destacado desde sus primeros días como Pontífice. En cuanto a futuros viajes, por el momento sólo está confirmado el de Turquía y otros compromisos.

El Vaticano ha anunciado que el proceso de reforma del Sínodo continuará hasta 2028, con el fin de crear una cultura de diálogo en la Iglesia. León XIV ha mostrado su compromiso con este proceso, programando nuevos

diálogos y consultas que incluyen a laicos, diócesis individuales y conferencias episcopales nacionales, así como asambleas eclesiales continentales y la Asamblea General de la Iglesia.

El reciente Jubileo de los jóvenes ha sido especialmente significativo. Miles de jóvenes se reunieron para rezar, cantar y convivir. En la clausura, el domingo 3 de agosto, más de un millón de peregrinos esperaron al Papa, quien fue aclamado. En su mensaje, los invitó a aceptar sus fragilidades, a aspirar a grandes metas y a buscar la santidad desde donde estén, defendiendo la posibilidad de un mundo diferente y manifestando su cercanía a los jóvenes de Gaza y Ucrania. León XIV ha aconsejado a los jóvenes ser misioneros de paz y buscar un mundo más humano, recordando que los conflictos no se resuelven con armas sino mediante el diálogo. Su carisma fue evidente con peregrinos que esperaron su llegada desde el día anterior. La eucaristía cerró una semana en la que peregrinos de 146 países acudieron a Roma.

La elección de León XIV muestra una continuidad con el Pontificado anterior, especialmente en el ámbito social, aunque con un enfoque propio y renovado, centrado en la construcción de la unidad y la comunión. En estos tres meses, ya ha marcado un estilo propio a través de sus gestos, vestimenta, imagen y acciones.

Dra. María Luisa Aspe Armella



REFERENCIA

1. Texto de la Lectio Inauguralis, dictada por la Dra. María Luisa Aspe Armella, en el inicio del año académico del Instituto de Formación Teológica Intercongregacional de México (IFTIM), el 12 de agosto de 2025.

SOBRE LA AUTORA

María Luisa Aspe Armella es Doctora en Historia por la Universidad Iberoamericana. Especialista en historia contemporánea y de la Iglesia. Jubilada de la misma Universidad donde fue académica de tiempo completo y directora del Departamento de Historia. Ex presidente del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana. Miembro del Consejo Editorial de las Revistas Tiempo de Derechos; Arte y Humanidades; y Periferias. Profesora de Historia de la Iglesia en el IFTIM; en programas de grado y posgrado en universidades, nacionales extranjeras y pontificias.

ANIVERSARIOS

SEPTIEMBRE Y OCTUBRE



CUMPLEAÑOS

05.09	P. Miguel Ángel Villanueva Pérez
11.09	P. Eloy Medina Torres
25.09	P. Aurelio Alberto Domínguez Pedral
28.09	Coh. Luis Miguel García Camilo
04.10	P. Francisco Valadez Ramírez
12.10	Coh. Jesús Robles Sánchez
14.10	P. José Francisco López Mora
16.10	Diác. José Pablo Lara Chávez
17.10	Coh. Carlos Alberto Lantigua Checo
21.10	Coh. Ricardo Meraz Marín

ANIVERSARIOS DE PROFESIÓN

01.09	P. José Francisco López Mora (1980)
08.09	M.R.P. Ángel Antonio Pérez Rosa (1981)
12.10	P. Alfonso Iberri Ramírez (1970)

ANIVERSARIOS DE ORDENACIÓN

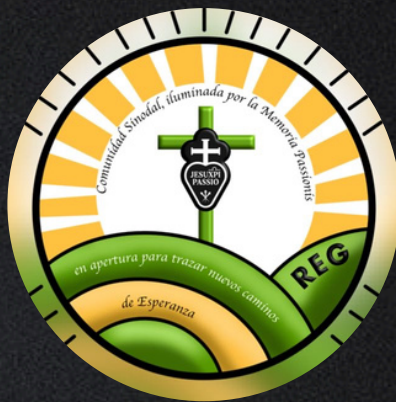
07.09	P. Juan Manuel Rodríguez Mejía (2019)
	P. Pedro Méndez Mendoza (2024)
14.10	Diác. Julio César Rondón Sánchez (2023)
17.10	P. Javier Trejo Montoya (1992)
26.10	P. Octavio Mondragón Alanís (1974)

OREMOS POR NUESTROS DIFUNTOS

07.09	P. Juan María Boccafoli (1971)
03.10	P. Miguel Romero Miralrío (1981)
09.10	P. Efraín Larrauri Rodríguez (2020)

NOTIFICACIONES

1. El martes 1 de julio, el P. Celso Ramírez León se trasladó de la Comunidad del Perpetuo Socorro, en Guadalajara, Jalisco, a la Comunidad del Beato Isidoro de Loor, en Tequisquiapan, Querétaro.
2. El lunes 7 de julio, el P. Rafael Vivanco Pérez se incorporó a la Comunidad de San José, en la ciudad de México, para desempeñar el oficio de Director de Estudiantes de Teología.
3. El lunes 14 de julio, el P. César Antonio Navarrete Ferrusquia se trasladó, de la Comunidad de San José, en la ciudad de México, a la Comunidad del Beato Isidoro de Loor, en Tequisquiapan, Querétaro, para desempeñar el oficio de Director de Postulantes.
4. El jueves 7 de agosto, el Coh. Luis Miguel García Camilo se incorporó a la Comunidad de la Santa Cruz, en Filo de Caballos, después de haber concluido los estudios teológicos.
5. El mismo día, el Coh. José Andrés García Meza se trasladó, de la Comunidad del Perpetuo Socorro, en Guadalajara, Jalisco, a la Comunidad de San José, en la ciudad de México, para iniciar la tercera etapa del Postnoviciado.
6. El jueves 14 de agosto, el Coh. Daniel Ávila Fernández se incorporó a la Comunidad del Perpetuo Socorro, en Guadalajara, Jalisco, tras haber concluido los estudios de Teología.
7. El lunes 18 de agosto, los aspirantes Diego Armando Cruz Vega, Luis Enrique Arreguín Peres, Alexis Aboytes Baylón y Gabriel Arturo Pérez Corona arribaron a la Comunidad del Beato Isidoro de Loor, en Tequisquiapan, Querétaro, para iniciar la formación en el Postulantado.



PASIONISTAS
PROVINCIA DE CRISTO REY